

Teología del Laicado

Manuel Soler Palà, m.SS.CC.

4

NO EXISTE UN LAICADO, UNO ES O NO ES LAICO

La teología del laicado es una teología que se ocupa de la vida de los laicos en el mundo. No se trata de una teología que se ocupa de la vida de los laicos en el mundo, sino de una teología que se ocupa de la vida de los laicos en el mundo. No se trata de una teología que se ocupa de la vida de los laicos en el mundo, sino de una teología que se ocupa de la vida de los laicos en el mundo.



Cuadernos Muraho n° 25

El número 25 de Muraho se ofrece con el mismo contenido y la misma cubierta, aunque con diferente paginación del que se publicó en Junio del año 2000

Misioneros de los Sagrados Corazones de Jesús y María (Mallorca)

Casa Central

Francisco Silvela, 50, 4º A
28028 MADRID

Teléfonos: 91-7255913 y 91-3613387

Junio 2000

Presentación

Este cuaderno se inscribe dentro de la dinámica de la Congregación, reafirmada en el pasado XVI Capítulo General, de 1999. Una de sus propuestas operativas se redactó en estos términos:

--*“Animar la creación y formación de grupos de LMSSCC en cada casa y delegación.*

-- *Programar con ellos el estudio conjunto de la teología del laicado.”*

Se trata de una de las tareas más de acuerdo con el Evangelio, que caracteriza nuestra época, que expresa el espíritu y la letra del concilio Vaticano II, que piden muchos cristianos y que la Congregación lleva más de una docena de años ejecutándola.

Junto con estos motivos, hay uno de orden práctico: el laicado está dando muestras de una fecundidad insospechada

Este trabajo del P. Manuel Soler Palà, que desde largos años acompaña con fruto los grupos de República Dominicana, primero, y de Puerto Rico, en la actualidad, surge de esta labor pastoral. Es un trabajo de teología pastoral.

Es teología pastoral en sentido riguroso. A veces se transmite la impresión de que la pastoral es improvisación o un refrito de palabras y conceptos más menos digeribles para quien no está muy formado. Y esto no es ni teología, ni es pastoral, porque no respeta al Pueblo de Dios, pueblo sacerdotal, comunidad profética y pueblo de reyes.

Este trabajo nos será muy útil. Todos los grupos de Laicos Misioneros de los Sagrados Corazones tendrán un punto de referencia. No digo que en todo debemos pensar exactamente igual que el autor, ni como piensan los demás, en todos los aspectos. Este uniformismo va contra la tónica de lo que escribe el P. Manel. Pero tiene el gran valor de pintar un panorama que la mayoría de la Congregación considera familiar. Religiosos, laicas y laicos sintonizamos al resaltar la importancia de estas cuestiones.

En estas páginas encontraremos una línea de la espiritualidad laical, trazadas desde el patrimonio carismático que todos y todas hemos recibido a través del P. Joaquim Rosselló i Ferrà, nuestro fundador.

Por esto, considero que hemos de hacer llegar este ensayo a cada misionero religioso y a cada laica y laico misionero, para que tengamos la oportunidad de plantearnos una renovación teológica común, sobre la cual edificar los grupos que el Capítulo General considera como ramas de un mismo árbol.

Agradeciendo al P. Manel su trabajo, expreso el deseo de que hagamos nuestro esfuerzo para consolidar esta marcha hacia una permanente renovación de la Iglesia, formada por todos los que con María hemos sido llamados a “mirar al Traspasado”.

Madrid, fiestas de los Sagrados Corazones de 2000.

Josep Amengual i Batle, M.SS.CC., Superior General



A. VOCACIÓN LAICAL: SACERDOTE, PROFETA Y REY

Todavía sigue el grave malentendido de tomar la parte por el todo: la jerarquía por la Iglesia. No se cambian con facilidad los malos hábitos que perduran desde siglos atrás. Pero ya no se sostiene un tal esquema ni en la teoría ni en la práctica. Se trata de categorías caducadas.

Todo miembro de la Iglesia es laico, sencillamente porque pertenece al pueblo de Dios. Pueblo es lo que significa la palabra *laos* en griego. Todo cristiano forma parte de este pueblo. Si después sus miembros se organizan según distintos ministerios y trabajos será cosa que acontecerá en segundo término.

S. Pedro se refiere a la dignidad fundamental de todo laico por pertenecer al Pueblo de Dios. Está incorporado a Cristo gracias a los sacramentos del bautismo y la confirmación. Tales sacramentos le facultan para colaborar en todos los ámbitos de la misión eclesial. Según su puesto, claro está, que no se confunde con el de los ministros ordenados, pero sin falsos complejos.

El laico, en efecto, no requiere de ulteriores permisos y misiones para sentirse responsable de la gran misión que tiene la Iglesia en cuanto tal. Su función consiste, sobre todo, en transformar las estructuras de la sociedad: la familia, la cultura, la política... Es llamado a ser levadura y orientar su entorno hacia Cristo. No desde el poder y la arrogancia, sino desde la humildad característica del grano de mostaza, desde el anonimato de la levadura.

El papel del laico se desarrolla a través de tres grandes ámbitos: el sacerdocio existencial que le estimula a ofrecer su propia existencia al Creador y a transformar, según el Espíritu de Dios, las estructuras seculares. Lo hace de acuerdo a la expresión de Ireneo: *la gloria de Dios es que el hombre viva*.

El otro ámbito en que se el laico ejerce su misión es el del profetismo. Discierne los signos de los tiempos para actuar cuando las circunstancias son más propicias. Su profetismo le lleva a enseñar con sabiduría a su alrededor, a denunciar cuanto haya de disconforme con las bienaventuranzas.

Finalmente el laico trabaja en el mundo. Ahí es donde encuentra su principal tarea. De manera que su espiritualidad no es intercambiable con la del monje. Debe aclararse este punto de modo definitivo. También el laico es rey y pastor. Rey porque se sabe soberano de esclavitudes y pasiones. Pastor porque orienta a sus semejantes hacia un mundo más solidario y les estimula a colaborar en la tarea.

I. La vocación laical

Se ha hecho célebre el diagnóstico que un día formulara el teólogo Yves Congar al hacer referencia al papel de la jerarquía en la Iglesia. Dijo que la *eclesiología* (el estudio de lo que es la Iglesia) de épocas pasadas más bien debía considerarse una *jerarcológia* (estudio de la jerarquía: los que mandan). En efecto, se insistía tanto en la jurisdicción y en que la Iglesia funcionaba como una pirámide -el vértice arriba, la base abajo- que apenas quedaba espacio para los laicos y para un estudio de lo que es y significa ser miembro del pueblo de Dios.

Como sucede en tantas ocasiones, se tomó la parte por el todo. Lo que tal vez pudiera ser legítimo en periodismo o sociología -acudir a la cabeza, al que manda, para enterarse de lo que sucede en el conjunto- no es ni puede ser válido en la Iglesia. La jerarquía tiene la función de coordinar al pueblo de Dios, pero jamás el de silenciar su palabra y acción. Todavía hoy -tras el Vaticano II- perdura el grave malentendido de que muchos toman la jerarquía y los religiosos por el conjunto de la Iglesia.

1. Quién es el laico

El término *laico* procede del griego *laos*, que significa pueblo. En este sentido elemental *laico* (miembro del pueblo) indica, pues, a todos los miembros del pueblo de Dios, sin mayores precisiones. En los 350 años primeros de nuestra era contaban mucho los miembros del pueblo de Dios. Incluso se les tenía en cuenta en el momento crítico de la elección de los obispos.

Así lo demuestran diversos documentos, entre los que vale la pena citar la *Didascalía*:

ustedes también, laicos, Iglesia elegida de Dios, escuchen esto: Iglesia quiere decir en primer lugar, pueblo: ustedes son la muy santa Iglesia católica, el sacerdocio real, la multitud santa, el pueblo adoptado, la gran asamblea, la esposa adornada para su Dios y Señor.

Pero ya muy temprano, en el año 95, la primera carta de S. Clemente emplea el término en un sentido discriminatorio: unos son sólo miembros del pueblo de Dios (laicos) y otros, los ministros (clero), desempeñan un papel especializado en este pueblo. Es a partir del siglo III que este sentido se generaliza y el laico se contrapone al clérigo. Poco a poco se acentúan los aspectos negativos: laico es el que pertenece a la plebe, el inculto. Los ministros ordenados van absorbiendo más y más funciones desplazando a los laicos de la enseñanza, la catequesis y la predicación.

Los monjes y religiosos eran inicialmente laicos (no clérigos), pero poco a poco fueron aproximándose al esquema clerical. Recibieron la ordenación para celebrar la Eucaristía en la comunidad, luego los llamaron para ejercer tareas pastorales. Incluso las Congregaciones masculinas que no ordenaron a ninguno de sus miembros, como también las femeninas, en la mentalidad de la Iglesia y del Derecho han estado más cerca del ámbito clerical que del laical.

Por su parte los obispos se homologaron con los altos funcionarios que en el imperio romano gozaban de mayores derechos y privilegios que el común de los ciudadanos. Durante largos siglos los laicos prácticamente no contaron para nada. Eran considerados analfabetos, cristianos de segunda categoría. Los que de entre ellos mostraban especial interés en su santificación imitaban en lo posible la espiritualidad

monástica. No tenían otro camino más que el de hacerse monjes a escala (austeridad, silencio, largas oraciones...)

Con cáustica ironía, no exenta de razón, escribió a principios del siglo XX el modernista Leroy que *los simples fieles tienen en Roma la misma función que los corderos de la Candelaria; se les bendice y se les esquila*. Afortunadamente, en la misma época, y no obstante el ambiente general poco favorable, brotaron algunas semillas de lenta germinación en favor del papel del laicado en la Iglesia. Luego varios teólogos, de gran influencia en el Vaticano II, insistieron en la importancia del laico.

La reflexión de los entendidos llegaron a la conclusión de que dos grandes ejes exigen el compromiso activo del laicado:

- La misión de los laicos no se asienta en la delegación jerárquica, sino que hunde sus raíces en la misión de Cristo, a través de los sacramentos, particularmente el bautismo, la confirmación y el matrimonio.
- Los ámbitos seculares (laborales, políticos, culturales, etc) gozan de propia autonomía que la jerarquía debe respetar. Y en estos ámbitos es donde son particularmente llamados a anunciar con obras y palabras el mensaje cristiano.

Teóricamente no existe ninguna duda del papel relevante que deben desempeñar los laicos. En la época postconciliar se ha avanzado al respecto. Han entrado a formar parte de los Consejos parroquiales, de pastoral, se les han encomendado algunas funciones, tales como la animación de las celebraciones, ministrar la Eucaristía y un mayor protagonismo en la catequesis y otros campos. Así ha acontecido particularmente en los países de América Latina. Sin embargo, su voz no ha dejado de ser meramente consultiva. Ni tampoco ha llegado en número relevante a ocupar puestos de responsabilidad en la Iglesia de Dios. La mujer, no obstante los escritos elogiosos que se han publicado, se mueve en un panorama todavía menos gratificante.

Parte del problema de fondo en esta cuestión radica en que el vocablo significa *perteneciente al Pueblo de Dios*, pero también, desde muy temprano, lleva el lastre de contraposición a la jerarquía. El mismo Concilio en la LG 31,1 afirma lo siguiente: *con el nombre de laicos se designan aquí todos los fieles cristianos, a excepción de los miembros del orden sagrado y los del estado religioso aprobado por la Iglesia*. Sufre una corrección el sentido más genuino de laico en cuanto miembro del pueblo de Dios y pasa a significar uno de los sectores que conforman la Iglesia: los laicos en cuanto contrapuestos a los pastores.

La estructura de la Iglesia tiende a ser bipolar, aunque este aspecto no tiene porqué ocupar el primer plano. En las comunidades primitivas ciertamente no era así. Y la teología actual prefiere contraponer la comunidad a los carismas, más que los clérigos a los laicos. De todos modos que el laico no es clérigo significa que se le aplica cuanto se dice de los miembros del pueblo de Dios en general (sacerdote, profeta y rey), pero que no está habilitado para la tarea de gobernar oficialmente a la Iglesia ni representar al pueblo de Dios en el culto. Significa también que no es religioso, de modo que se ocupa básicamente del mundo secular. No profesa los votos de pobreza, castidad y obediencia ni vive en comunidad (LG 31 y ChL 9).

2. Incorporado a Cristo, en la Iglesia...

He aquí el pasaje fundamental que dignifica al laico y lo incorpora al pueblo de Dios:

Y también ustedes son piedras vivas con las que se construye el Templo espiritual destinado al culto perfecto, en el que por Cristo Jesús se ofrecen sacrificios espirituales y agradables a Dios (...) Ustedes son una raza elegida, un reino de sacerdotes, una nación consagrada, un pueblo que Dios eligió para que fuera suyo y proclamara sus maravillas (...) Ustedes antes no eran su pueblo, pero ahora son pueblo de Dios (IPe 2,5. 9-10).

El laico está *incorporado a Cristo* por el bautismo y es portador de la misión de Cristo para el mundo de hoy.

Los fieles que, en cuanto incorporados a Cristo por el bautismo, integrados al Pueblo de Dios y hechos partícipes, a su modo, de la función sacerdotal, profética y real de Cristo, ejercen en la Iglesia y en el mundo la misión de todo el pueblo cristiano en la parte que a ellos corresponde (LG 31,1).

Aquí habría que desarrollar que el laico es hijo en el Hijo gracias al nuevo nacimiento que supone el bautismo. En su corazón gime el Espíritu, conforma el único Cuerpo de Cristo. El laico es una piedra viva cimentada en Cristo. Así levanta la construcción de un edificio espiritual. En el bautismo queda claro que la dignidad cristiana, a través de los títulos de sacerdote, profeta y rey, se otorgan al recién incorporado a la Iglesia de Dios.

Los cristianos laicos participan del *oficio sacerdotal* por el que Jesús se ofreció a sí mismo en la cruz y sigue inmolándose en la eucaristía. Todas sus obras, oraciones e iniciativas apostólicas, la vida conyugal y familiar, el cotidiano trabajo, si las ejercen dignamente, se convierten en sacrificios espirituales aceptables a Dios por Jesucristo (Cf IPed 2,5; LG 34).

Los cristianos laicos participan del *oficio profético de Cristo que proclamó el reino del Padre con el testimonio de su vida y con el poder de la palabra* (LG 35). Así son habilitados e impulsados para acoger con fe el evangelio y anunciarlo con palabras y obras, sin vacilar en denunciar el mal con valentía, unidos a Cristo, el gran profeta (Cf Lc 7,16). Los laicos son constituidos testigos del resucitado, particularmente en las tareas seculares (Cf LG 35; ChL 14), y llamados a hacer que resplandezca la novedad y la fuerza del evangelio en su vida cotidiana, familiar y social. Se espera de ellos que expresen con paciencia y valentía las contradicciones de la época presente.

Los cristianos laicos participan en el *oficio real de Cristo* y por ello son llamados a servir al reino de Dios y difundirlo en el mundo a través de la historia. Lo hacen luchando para vencer el pecado en su doble dimensión personal y social: así se hacen reyes (libres), escapando de la esclavitud del mal, ordenan cuanto existe hacia el verdadero y supremo bien de los hombres y sirven a Jesús presente en los suyos, particularmente los más pequeños y sufrientes.

3. ... para gestionar los asuntos temporales.

Caracteriza a los laicos su misión específica: la de *hacer presente la Iglesia* en los lugares, situaciones y circunstancias en que no podría ser sal de la tierra, a no ser precisamente a través de su actuación. *A los laicos corresponde, por propia vocación, tratar de obtener el reino de Dios gestionando los asuntos temporales y ordenándolos según Dios* (LG 31,2). Hay multitud de citas conciliares al respecto. La frase da la clave

para comprender el alcance de la vocación y el apostolado laical. Tienen que buscar el Reino de Dios, pero en las exigencias del ámbito secular. Al laico le corresponde enseñar con su vida y su palabra que el mundo no debe ser idolatrado puesto que no existe más que un solo Dios. Pero que tampoco debe ser menospreciado por cuanto Jesús se encarnó en él. La especificidad secular la desarrolla más aún Pablo VI en la EN, 70:

su tarea primera e inmediata no es la institución y el desarrollo de la comunidad eclesial - ésa es función específica de los pastores, sino el poner en práctica todas las posibilidades cristianas y evangélicas, escondidas, pero a su vez ya presentes y activas en el mundo. El campo propio de la actividad evangelizadora es el mundo vasto y complejo de la política, de lo social, de la economía y también de la cultura, de las ciencias y de las artes, de la vida internacional, de los medios de comunicación de masas, así como otras realidades abiertas a la evangelización, como el amor, la familia, la educación de los niños y jóvenes, el trabajo profesional, el sufrimiento, etc.

Según este planteamiento el laico participa en la misión integral de la Iglesia (LG 31), pero la realiza en el mundo. Los clérigos están ordenados ante todo al ministerio, los religiosos están llamados primeramente a ser testigos de la trascendencia y a hacer aflorar los valores humanos y cristianos no suficientemente tenidos en cuenta. Los laicos han sido bautizados e incorporados a la Iglesia muy particularmente para la actuación en el mundo.

Hay que notar que, tras el Vaticano II los teólogos, y los mismos documentos del magisterio (Cf *Christifideles Laici* 15), han matizado un tanto la compacta estructura clérigos-religiosos-laicos, así como sus funciones: ministerio ordenado-testimonio escatológico-tarea secular. El NT llama a los cristianos *elegidos, separados, santos, hermanos*. Destaca la fraternidad e igualdad. Todo bautizado forma parte del pueblo (es *laos*). El término *kleros* (suerte) se aplica por extensión a todo el pueblo.

Se insiste en que el laico participa de la entera misión. Tiene que ver con la palabra, la organización, el culto, sólo que la ejerce según su propio carisma. Lo específico del laico no se sitúa exclusivamente en lo temporal, sino también en lo carismático y sacramental (bautismo, confirmación, matrimonio). Pues bien: ¿qué tareas se le atribuyen al laico en una Iglesia que se sabe enviada al mundo? Puesto que Cristo es Señor de la historia, lo temporal interesa al laico, al clérigo y al religioso. Y paralelamente las tareas eclesiales también les competen a los laicos.

De manera que las distinciones no pueden ser tan tajantes. Debe haber mayor corresponsabilidad de funciones entre todos los miembros del Pueblo de Dios, sin negar la variedad de carismas, servicios y ministerios. Todo ello parece converger con algunos caminos abiertos últimamente en la Iglesia. Por ejemplo, se permite a los presbíteros asumir responsabilidades propias de los seculares (hasta de carácter político) en algunas circunstancias y con los debidos permisos. Por otra parte, se ha progresado en cuanto al auge de ministerios laicales en el orden de la Palabra, la caridad y el culto. Ministerios realizados en cuanto comunidad eclesial y generalmente para los miembros de la Iglesia (hacia adentro). Ni la actuación secular de los presbíteros, ni la actuación intraeclesial de los laicos, tendría pleno sentido si hubiera que insistir en una estricta separación de tareas.

II. El sacerdocio de los laicos

La doctrina conciliar parte de los tres oficios de Cristo: *sacerdote, profeta y pastor*, un esquema muy usado que ya en su día sistematizó Calvino. Puede asumirse sin recelos, tanto para los laicos como para los ministros ordenados, aunque con las diferencias correspondientes. De hecho Jesucristo es Sacerdote, según la perspectiva de la carta a los Hebreos, es el Profeta esperado, tal como lo entienden los Hechos y es el Pastor bueno, de acuerdo al evangelista Juan. Todo lo que se diga del cristiano debe tener como marco y punto de referencia el ser y quehacer de Cristo.

Todo cristiano es *sacerdote*, de acuerdo a los textos bíblicos, de la tradición y del Vaticano II, no tanto porque celebre un culto específico, sino porque su vida entera está llamada a ser un sacrificio espiritual continuado. Se ofrece a Dios en todo momento y circunstancia. Todo cristiano es *profeta* por cuanto con su palabra y testimonio milita en favor de la verdad y transmite la buena nueva del Reino. Todo cristiano es *Rey o Pastor* en un doble sentido: es soberano frente al mal y a las pasiones y coordina alguna porción del pueblo de Dios (aun de carácter doméstico) de cara al buen entendimiento y la solidaridad.

1. Un sacerdocio existencial y secular

Nos detenemos en el sacerdocio ante todo. El cristiano laico goza de un sacerdocio existencial, por el cual toda la vida deviene un culto espiritual (LG 34). De manera *que los laicos, como adoradores en todo lugar y obrando santamente, consagran a Dios al mundo mismo* (LG 34). El principio se desarrolla luego en el decreto sobre el apostolado seglar. Esta perspectiva ha tenido gran repercusión en la teología de los últimos decenios. Ha puesto sobre el tapete las características del culto existencial y la consagración del mundo.

Ambos extremos tienen que ver con el problema de la secularización. La actual sociedad occidental se caracteriza por el proceso según el cual las realidades sociales se emancipan del control e influencia de la Iglesia y hasta de la fe. Ha acabado el régimen de cristiandad en el que la familia, la escuela, las instituciones llevaban de la mano al individuo por las sendas del dogma, la moral y la piedad.

La secularización es un hecho complejo y polivalente. Se ha calificado con los más prestigiosos adjetivos y también ha sido condenado como realidad nefasta. Se ha considerado como:

- *Declive de la religión* y de las actitudes religiosas. El paso de un mundo religioso y metafísico a un mundo científico y técnico. Sería la edad adulta (Comte) o el fin de la prehistoria (Marx). Por lo demás, la economía habría creado sus propias leyes y valores. Y la economía se ha desgajado de la religión. El ser humano apenas se plantearía el problema de la trascendencia. Sabe que resolverá sus problemas con la técnica mejor que con la plegaria. La época requiere el agnosticismo o la indiferencia religiosa más que el ateísmo militante.
- La secularización también se comprende como *pérdida de influjo por parte de la Iglesia* e instituciones cristianas en la sociedad. El monopolio de la Iglesia en época medieval hace rato que llegó a su fin. Las leyes ya no recurren al nombre de Dios. En la sociedad actual se da una clara diferenciación entre Iglesia y Estado. La fe sería una ideología más en competencia con otras creencias y valores. El hecho religioso deviene cuestión

privada. Es cosa de los individuos o los grupos, pero no de los ciudadanos en cuanto tales.

- La secularización se da también en la constatación de una *creciente independencia de los cristianos respecto de la Iglesia institucional y del clero*. No hay pérdida de fe, sino alejamiento de las mediaciones institucionales. Se vive la religión más por libre. El sentimiento de pertenencia decae: menos participación en los sacramentos, falta de interés por las directrices jerárquicas. Fácilmente puede pasarse del desinterés institucional al desinterés por lo religioso en general, pero en principio no es lo mismo. La prueba está en el auge de la *Nueva Era*, sectas orientales, etc.

Pues bien, en este contexto: ¿cómo debe vivirse el sacerdocio existencial del laico? Es frecuente la distinción (Cf Barth, Bonhöffer, Tillich) entre la fe y la religión. La religión sería obra humana (rito, institución, formulación), mientras que la fe constituiría la respuesta humana al Dios que interpela. La religión es un modo de llegar a Dios que fácilmente confunde los medios con los fines y tiende a fabricar ídolos. K. Barth establecía distinción neta entre natural y sobrenatural. Opinaba que cuanto el hombre realizara por sí mismo era incluso pecaminoso.

Por su parte Bonhöffer cree que es preciso vivir la experiencia de Dios aun cuando no se detecten signos de su presencia. Es decir, que sepamos vivir *con Dios y frente a El* en un medio que prescindir de su presencia. El lo llama *cristianismo arreligioso*. En otras palabras, al hombre actual se le dificulta encontrar a Dios en el ámbito religioso-sacral, pero no tiene inconveniente en encontrarlo en las experiencias humanas de cada día. Es válida esta intuición: el centro de la experiencia de Dios está en la vida, en el compromiso con el prójimo, más que en el culto.

Entiéndase bien: no se habla contra el culto, sino en contra de un culto aislado y aislante, que tiene su principio y su fin en sí mismo, que ni lleva a la vida ni parte de ella. De hecho dice la SC 10: *La liturgia es la cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia y, al mismo tiempo, la fuente de donde mana toda su fuerza*. Ahora bien, es sabido que la Iglesia no tiene sentido si no es para el mundo, si no es misionera. Dios no tiene porqué estar en un rincón de la vida, sino que debe residir en el centro de la misma. El culto puede ser un buen cauce para llegar a Dios y vivir el Reino con la condición de que no le dé la espalda a la vida ni a la historia. Las mediaciones son buenas y necesarias, mientras no pierdan de vista su carácter de medio.

2. La gloria de Dios consiste en la vida del ser humano

Para el cristiano no existen espacios neutros. Cristo debe estar en el centro de la vida, sin excluirlo de ninguna actividad ni ningún ámbito. Lo que se llamamos profano debe ser asumido como tal. No requiere de bendiciones ulteriores para que sea más consistente o positivo. Y, una vez asumido y respetado en su carácter propio, los creyentes lo referimos a Dios. Las cosas no cambian en sí mismas, sino que cambian en todo caso de orientación: son referidas a Dios (¡las bendiciones de casas, vehículos, etc. deberían tenerlo en cuenta!).

En consecuencia el cristiano consagra a Dios su vida familiar, profesional, cívica y política. Siempre ha de vivir como cristiano. La fe le obliga al más perfecto cumplimiento de sus deberes. El divorcio entre la vida diaria y la fe es uno de los más graves errores de nuestra época (Cf GS 43). Algunos comentaristas han hecho notar que los ministerios laicales pudieran resultar ambiguos si indujeran a pensar que las realidades eclesiales son más valiosas que las de carácter profano. Pues que a los laicos se les otorgan ministerios

para las tareas en la Iglesia (lector, catequista, cantor...) y no para las del mundo (familia, política, cultura...)

El cristiano acepta la secularización en cuanto implica devolver la consistencia y la autonomía a las realidades profanas. Ellas no necesitan arrimarse o ser asumidas por la Iglesia para mantener su valor. La secularización purifica incluso la fe por cuanto deja bien sentado que el símbolo y la expresión religiosa son insuficientes. El *sím-bolo* (unión) podría convertirse en *dia-bolo* (separación) si los sagrado y el culto no conectan con la vida real.

No basta consagrar de palabra el mundo al corazón de Cristo o de María. Toda consagración apela al compromiso por cambiar la sociedad favoreciendo que Dios se haga presente donde estaba ausente. Y no tanto porque se pronuncie su nombre o se realicen actos de culto, sino gracias a una actuación ética: respetando al prójimo, progresando sanamente en la cultura, defendiendo la vida y la calidad de vida de los ciudadanos. La consagración se plasma en una conducta y unas realizaciones. Consagrar equivale a transformar-cristianizar el mundo. Teilhard hablaba de *cristificar* el mundo. No se cristifica por decreto, ni a través de símbolos, sino favoreciendo el cambio de las personas y modificando las estructuras injustas.

Sacramentos y culto son importantes por cuanto ayudan a tomar conciencia de nuestra identidad cristiana individual y comunitaria. La psicología exige momentos específicos en los que expresar la experiencia de Dios. Pero en último término la liturgia debe conducir al ofrecimiento de la propia vida como una alabanza a Dios. Como dijo S. Ireneo: *la gloria de Dios es que el hombre viva*. Lo que Dios nos recomienda es el amor al prójimo.

De acuerdo a los más tradicionales catecismos, hemos sido creados *para glorificar a Dios*, lo cual realizamos en el servicio a nuestros hermanos. Si hablamos de un Dios Padre, está claro que no podemos dar la espalda a sus hijos. Si decimos amar a Dios a quien no vemos y no amamos a los hermanos a quienes vemos, decimos mentira (Cf 1Jn 4,7-21). La salvación se da en la única historia de la humanidad, por tanto también en lo profano, no al margen de ello.

Todo es profano y al mismo tiempo cristiano. Depende de las claves y valores con los que se vive y asume la realidad. El culto puede transformarse así en un acontecimiento muy significativo. En lugar de acontecer al margen de la vida y con poca incidencia social, se convierte en el acto que expresa al máximo la denuncia cristiana de un mundo ateo y de unas formas de vida injustas. Cuando la fe desarrolle la lógica correspondencia entre culto y vida tendrá incidencia en la sociedad y estimulará iniciativas en favor del Reino.

Se hacen oraciones de petición a fin de que los niños africanos no pasen hambre... pero no nos interesa saber de la deuda externa, los precios de las materias primas, las barreras migratorias... Quizás tampoco preocupa si hay gente con hambre en el barrio. Tales peticiones al margen de la vida son poco creíbles. Hoy día la mentalidad científico-técnica invade todos los ámbitos. La oración de carácter metafísico o meramente metafórico no se entiende. Sólo es comprensible si se canaliza a través del testimonio y la experiencia humana. La dirección de la plegaria debe ser expresión -a la vez que estímulo: causa y efecto- de la acción a realizar.

En este contexto crece la importancia del laico sumergido en las luchas y dificultades de sus contemporáneos. Es un ser humano entre tantos, pero que se sabe llamado a actuar con unas claras metas: orientarlo todo hacia Dios. Así desarrolla el auténtico sacerdocio existencial.

III. El Profetismo de los laicos

A lo largo de la tradición de la Iglesia, iniciada ya en el NT, el profetismo es considerado un don del Espíritu que capacita al cristiano para dar testimonio de Cristo, discernir los signos de los tiempos y guiar a la comunidad de forma espontánea y carismática. Aludamos simplemente a la insistencia con que se habla de los profetas en la Iglesia primitiva. A ellos estaba reservada una importante tarea en servicio a la comunidad.

Todos son invitados a profetizar, según el libro de los Hechos: *En los últimos días, dice Dios, derramaré mi Espíritu sobre todo hombre. Profetizarán sus hijos y sus hijas, sus jóvenes tendrán visiones y sus ancianos soñarán sueños; y sobre mis siervos y siervas derramaré mi Espíritu en aquellos días y profetizarán* (Hech 2,17-18).

.1. Los profetas laicos. El discernimiento

El magisterio profético del laico se diferencia del ministerio magisterial de la jerarquía. El laico puede y debe desarrollar su propio ministerio profético no por un encargo de los pastores, sino porque participa de la tarea de Cristo -Sacerdote, Profeta y Rey- que se le ha encargado en el bautismo y ratificado en el sacramento de la confirmación. Ahora bien, en la medida en que se vive el proceso de asimilación del mensaje cristiano, se capacita uno para captar los contenidos evangélicos y las derivaciones que de él se siguen. Es el Espíritu el que en último término enseña y de ahí la capacidad del laico para expresarse (Cf Hech 2,17-18).

Cuando el laico ha tenido una honda experiencia de Dios en medio del mundo, *sabe* las cosas que necesita para ser buen cristiano. La falta de asimilación de la fe tiene que ver con la carencia de auténticos maestros que transmitan sus vivencias en los ambientes cotidianos y seculares. Los hombres y mujeres, también hoy en día, buscan auténticos guías espirituales, al sabio, al que tiene sapiencia (que saborea el mensaje), más que al erudito.

Por ahí hallamos la dimensión profética del laico. Consta una larga lista de protagonistas al respecto. S. Ignacio de Loyola nunca estudió teología, pero ejerció un enorme magisterio. Lo mismo aconteció con Francisco de Asís, Sta. Teresa de Jesús, Sta. Catalina de Siena. Su *sapiencia* no era de procedencia jerárquica, ni fruto del estudio teológico, sino enraizada en la sabiduría del Espíritu. Y cabría hablar también de personas como Carlos de Foucauld, Teresa de Calcuta, Edith Stein, etc. El laico tiene su propio papel en la Iglesia y nada impide que desarrolle un magisterio real y activo en virtud de la experiencia que tiene del Espíritu. Porque la jerarquía tiene una misión de discernimiento, pero de ninguna manera el monopolio de la enseñanza.

Una de las funciones típicas del profeta es la del discernimiento. Una religión que sólo sabe de la ley y la sumisión no necesita discernir nada, pero una fe que se basa en el amor y el seguimiento sí necesita esta capacidad. Cada día que amanece, cada situación nueva posibilita opciones o reacciones diversas. ¿Cuál elegir? Ahí tiene algo que traducirse en formulaciones y consejos la sabiduría del cristiano maduro.

Pablo insiste en la liberación de la Ley como la meta más lograda del cristiano. Jesús se enfrenta una y otra vez con los fariseos por causa de una Ley que entendían de modo avasallador. La Ley tiene un papel pedagógico, la finalidad de que el ser humano crezca

logrando madurez y autonomía. Pero luego es del todo preciso interiorizar la ley para escapar de toda opresión e infantilismo.

Si el laicado no ha crecido en autonomía y no se ha atrevido a tomar decisiones se debe precisamente, al menos en gran parte, a que no ha superado la dependencia infantil de la ley. Es penoso observar cómo personas maduras y competentes en sus respectivas áreas profesionales necesitan pedir consejo sobre nimiedades de carácter moral. Por otra parte, tienden a mantenerse pasivos y dependientes. El profetismo superará estos defectos de un laicado no emancipado.

2. Testimonio de esperanza.

La dimensión escatológica ha sido olvidada injustamente. De por sí el cristianismo vive una dinámica de futuro y expectativa. Dios está siempre delante, actúa sorprendiéndonos. Mejor describirlo como *seré el que seré*, más que *soy el que soy*, según el consejo de algunos exegetas. La dimensión escatológica y de progreso sintoniza con esta perspectiva. Somos esencialmente seres históricos, avanzamos hacia una meta. Si la escatología se hace consistir en un mero acontecimiento al final de la vida, entonces no tiene mucho que decir. Pero si es la meta que pone en acción los resortes y esperanzas cristianas, entonces tendrá relevancia en el conjunto de la fe. Actuará de modo retrospectivo influyendo en nuestras convicciones y resoluciones.

Cuando la historia, el futuro y la promesa no tienen impacto alguna en el cristiano, éste se vuelve estático y favorece la *fuga mundi*: una espiritualidad de tipo monacal (en ocasiones impuesta también a los laicos). Aparecen las exhortaciones a huir de las conversaciones, de retirarse al silencio, de dar la espalda a todo lo que no es perdurable y ajeno al tiempo y espacio. Según lo cual, habría que despreocuparse de las realidades terrenales para ocuparse de los bienes celestiales. La famosa obra de *Kempis* (La imitación de Cristo) ofrece buenas muestras de ello. Una espiritualidad intimista, desencarnada, en la que la contemplación se valora mucho más que la acción y el silencio prima por encima del diálogo.

Esta orientación teológica ha favorecido la distancia entre la Iglesia y el mundo. Ha sido la causante de que gran parte del estamento eclesiástico no se haya mostrado sensible a las cuestiones sociales. Las ideologías modernas, en cambio, han puesto en primer plano el futuro y la utopía de un progreso sin fin. Darwinismo, Marxismo, Liberalismo... Las ideologías seculares (religiones laicas) tanto exaltan a las realidades históricas y terrenas que las acaban absolutizando y mitificando como nuevos mesías: la patria, el partido, el capital, el consumo, la seguridad nacional, el cuerpo, el deporte... Una absolutización, por cierto, en nada legítima, pues la creatura no es el creador ni los medios deben ser confundidos con los fines.

Al laico actual toca denunciar los nuevos ídolos y los nuevos absolutos. Todo lo que se autoatribuye rasgos divinos cae bajo la crítica y el rechazo. Sean personas, instituciones, colectivos o ideologías. El creyente vive de la esperanza y, por ello, afirma la provisionalidad de la historia, la fugacidad de las ideologías, de los imperios e instituciones. Los falsos mesías son denunciados y desenmascarados. Al laico se le encarga la secularidad del mundo, de manera que nadie se atreva a sacralizarla.

No se olvide que el padre en la común fe monoteísta es Abrahán, el hombre que supo ponerse en camino a una edad avanzada, sin otra garantía que la promesa de Dios. Y que Moisés es invitado a descalzarse de las sandalias -los prejuicios y las seguridades- pues sólo Dios es absoluto, la zarza que no se consume. Los cristianos no debiéramos ser tan

aficionados a restaurar, a mirar hacia tiempos pasados para aplicarlos al momento actual. Mejor sería dejarse conducir dócilmente por la novedad de Dios. Y para ello es esencial el discernimiento.

Por igual motivo la Iglesia no puede integrarse plenamente en el orden social vigente (cualquier orden), a menos que se resigne a que el cristianismo se convierta en una religión burguesa con la función de legitimar el orden social, refrendar los valores constituidos y suplir las vagas e indefinidas necesidades religiosas -más bien mágicas- que anidan en el corazón humano. Una religión así no podría remontarse a Jesús de Nazaret, crítico del Templo, de la Ley y de los poderosos.

El cristiano es *vicario de Cristo*. Este título se lo aplicaba cualquier cristiano, clérigo o laico, antes de que se lo apropiara en exclusiva el Papa. En efecto, todo cristiano es un representante del Crucificado y vive la esperanza de la Resurrección. Por eso su profetismo no se basa en meros análisis sociológicos, sino que se enraiza en la experiencia de Dios.

Es sabido que la institución en principio tiende a estabilizar, a conservar. Administra la herencia de la tradición, acumula la experiencia de las generaciones pasadas ofreciendo soluciones ya experimentadas. De ahí que en principio rechace la novedad. La Iglesia no deja de ser institución. Las personas que aguantan la estructura (clero, seglares bien asimilados a ella, etc.), difícilmente ejercerán el profetismo. Por ello, con más razón, al laico le toca denunciar la contaminación de las estructuras con el dinero, el prestigio y el autoritarismo. Ahora bien, la suerte del profeta con frecuencia va de la mano del rechazo y el silenciamiento, quizás incluso de la muerte, como ha sucedido en los últimos decenios a los mártires latinoamericanos.

IV. Laicos orientados hacia del Reino

Junto a la dimensión sacerdotal y profética está la real. El cristiano es rey en un doble sentido: porque es libre frente a toda pasión que le solicita o pretende esclavizarle y es rey/pastor por cuanto organiza la convivencia (en favor de la solidaridad, de la paz, de la caridad) en aquellos ámbitos en que puede ofrecer su aporte. Esta tarea de rey/pastor con frecuencia se ha entendido parcialmente: como ejercicio de la libertad frente a las tentaciones personales y como tarea de convocar y organizar reuniones o actividades relacionadas con la vida parroquial o diocesana. Sin embargo, la tarea es mucho más amplia: consiste en cultivar la libertad en el seno de la sociedad -para él y para sus prójimos- y en organizar de tal manera la convivencia que las personas sientan respetados sus derechos y realizados sus justos y razonables deseos.

La misión de Cristo tiene como meta someterlo todo al Padre. Por esto el Espíritu regala a los creyentes la libertad regia a fin de que venzan el reino del pecado. Tienen que liberarse de la servidumbre de la corrupción para llegar a la plena libertad de los hijos de Dios (Cf sobre todo la LG 36). La construcción del reinado de Dios no es sólo de carácter externo, sino que incide también en el corazón de cada uno. Frente al eterno problema de por dónde comenzar, si por las estructuras o por la persona individual, está claro que los dos frentes deben trabajarse a la vez. Pues toda persona es individuo a la vez que miembro de un colectivo sobre el que inciden las estructuras. La persona moldea las estructuras y viceversa.

1. Un marco social inaceptable. Personas y estructuras

La sociedad en la que nos movemos es de carácter capitalista y burgués. Aspira a la emancipación a través de la ciencia y sus aplicaciones técnicas. El marco para consumir estas metas es la economía de mercado. En el trasfondo late la concepción de Comte a propósito de las divisiones de la historia: una era religiosa, una era filosófica y otra industrial. La última es la que logrará la emancipación de la humanidad. Finalmente podrán superarse las limitaciones de las ideologías, de la pobreza material, de las dificultades geográficas...

Así la ciencia y su hija predilecta, la técnica, se convierten en una nueva religión a la que hay que confiar la propia salvación. Esta religión introducirá en el reino de la abundancia y, a continuación, de la libertad y la felicidad. Pero para ello es preciso atenerse estrictamente a la economía del mercado. Es decir, no alterar la ley de la oferta y la demanda, respetar la acumulación de capital en manos privadas individuales o grupales, así como la libertad (que el Estado no intervenga).

Es sabido que el modelo capitalista genera muchas desigualdades y tensiones tanto entre los diversos países como en el interior de un mismo país. Este modelo promete una mayor producción y abundancia, aún a sabiendas de que el bienestar no llegará para todos, pues es intrínseco al sistema que los capitales se acumulen en pocas manos. Los partidarios no toman en cuenta consideraciones humanistas o morales, simplemente parten de planteamientos pragmáticos, utilitarios, economicistas. Se busca lo que más rinde en economía, lo más competitivo y eficiente. Y se prohíbe ir contra esta *racionalidad*.

Al cristiano toca denunciar la insuficiencia de tales planteamientos. Porque la primera meta radica en que la economía se ponga al servicio de todos y que el ser humano viva la libertad que le corresponde como hijo de Dios. En consecuencia no es legítimo recurrir a las concepciones intimistas: a *la fuga mundi*, al temor ante la acción social, al espiritualismo descarnado. El Reino de Dios exige una mayor igualdad y justicia. Sin atacar el modelo social vigente, no se progresará en esta dirección. Luego hay que luchar contra la infelicidad, el egoísmo y la injusticia. Es simple deber de caridad: ¡la gran encomienda de Jesús, el mandamiento nuevo!

Dado que los cambios se procuran desde dos frentes -las estructuras y el interior de la persona- el cristiano debe luchar en profundidad en ambos campos. Aunque no hay que pecar de ingenuidad. El marco económico cambia la estructura social y así se posibilita un nuevo tipo de persona, pero es del todo preciso ir más allá del economicismo y de las estructuras. Ya Freud dejó claro que las raíces de la alienación trascendían el tema económico y se adentraban en las ansias de poder, en la libido, en la búsqueda de seguridades, la envidia, etc.

Pero hay que trabajar también en el otro frente. El de la economía exige luchar contra una infinidad de productos de consumo absolutamente innecesarios y secundarios, mientras gran parte de la población no logra sobrevivir. No todo lo científicamente posible está permitido humanamente. Hay que criticar la ciencia, la técnica, el gobierno de los tecnócratas en nombre de la ética, el humanismo y la fe. La ciencia y la técnica se ponen al servicio de los fines asignados, pero éstos deben ser discutidos desde los valores humanos y morales. El óptico puede determinar las dioptrías que necesito, pero no indicar hacia dónde debo mirar.

El cristiano consecuente ha de criticar la deshumanización del sistema capitalista que consagra la desigualdad y degrada al hombre reduciéndolo a mero costo de producción.

Ha de luchar contra el carácter mítico de la propiedad privada (el mismo magisterio afirma que sobre ella pesa una hipoteca social) y explicar la interdependencia entre desarrollo de unos y pobreza de otros. También ha de reclamar mayor participación política, pues progresivamente este aspecto va siendo delegado en manos de expertos, tecnócratas y partidos. Y encima el sistema capitalista suele presentarse, como defensor de los valores cristianos, de la civilización occidental. Algunos caen en la trampa al escuchar la teoría y negarse a ver los hechos.

A nivel de principios y valores morales el cristiano debe saber muy bien a qué atenerse. En cuanto al modo de actuar y a cuestiones de carácter más bien técnico les pertenece a los laicos *muy en especial iluminar y organizar todos los asuntos temporales a los que están estrechamente vinculados* (LG 31). Los pastores son exhortados *a que reconozcan cumplidamente la justa libertad que a todos compete dentro de la sociedad temporal* (LG 37). Precisamente los pastores, *ayudados por la experiencia de los laicos, pueden juzgar con mayor precisión y aptitud lo mismo los asuntos espirituales que los temporales* (LG 37). Los párrafos de la LG 37 ofrecen esperanzadores horizontes, no suficientemente explicitados, y que no deben ser oscurecidos por la tendencia involucionadora.

2. Compromiso temporal del creyente.

Al laico toca dilatar el reino de Dios impregnando el mundo del Espíritu de Cristo y liberándolo de la servidumbre de la corrupción (LG 36). A él se le encomienda promover un orden justo, fraterno, universal y equitativo (GS 12). *El plan de Dios sobre el mundo es que los hombres instauren con espíritu de concordia el orden temporal y lo perfeccionen sin cesar* (AA 7). Así es como los laicos ejercen su apostolado (AA 5).

No hay espacios neutros para la fe, ni se puede sustraer el dominio de lo temporal de la orientación hacia Dios (GS 3). De nuevo se ponen límites a la *fuga mundi*, a la perspectiva meramente individualista (GS 39, 43). *La espera de una nueva tierra no debe amortiguar, sino más bien avivar, la preocupación de perfeccionarla (...) aunque hay que distinguir cuidadosamente progreso temporal y crecimiento del reino de Cristo. Sin embargo, el primero, en cuanto puede contribuir a ordenar mejor la sociedad humana, interesa en gran medida al reino de Dios* (GS 39). Y es que desde que Dios se encarnó la causa del hombre es la causa de Dios y viceversa.

La filosofía existencial ha intensificado la mundanidad del hombre (*ser en el mundo*). El ser humano depende de la naturaleza, en ella vive y de ella se nutre. Luego la arrastra consigo para bien o para mal. A él le atañe amortiguar el desorden, el caos que a veces se da en el mundo. Debe ponerle límites al mal físico en la medida de sus posibilidades. Sobre todo debe actuar donde le es más factible: en la estructuración de la sociedad. Para lo cual está obligado a discernir los signos de los tiempos, a interpretarlos de acuerdo a la luz de la fe (GS 4, 11). *Los laicos han de procurar en la medida de sus fuerzas sanear las estructuras y los ambientes del mundo, si en algún caso incitan al pecado, de modo que todo esto se conforme a las normas de la justicia y favorezca, más bien que impida, la práctica de las virtudes* (GS 36).

El concilio insiste en la afirmación de que todos los bienes están en función de la persona (GS 69, 71), en que todo cristiano ha de luchar por la igualdad y la justicia social (GS 29, 66), por la dignidad y el bien común (GS 26-27). Reconoce incluso que ciertos ateísmos pueden ser fruto del antitestimonio. El NT advierte repetidamente a los ricos de la necesidad de la conversión, de no hacer un ídolo de las riquezas, de

compartirlas. La Iglesia, por su parte, desde los tiempos patrísticos ha subrayado la conexión entre sacramentos cristianos y justicia social. Y llega a decir cosas muy duras de los ricos que no comparten, como aquello de que la posesión de lo innecesario equivale a un robo a los pobres.

En este terreno es esencial el papel de los laicos. Hay que superar el temor a interesarse o criticar la injusticia en el ámbito político. Es del todo ilegítima la acusación de hacer política cuando el cristiano busca una mayor igualdad, se interesa por el progreso de los pobres y denuncia injusticias. Resulta parcial, en cambio, juzgar a los partidos políticos, a la hora del voto, según su programa de enseñanza o su política familiar, como si el resto se tratara de temas sin relevancia.

La revalorización del laicado y su mayoría de edad representan el gran desafío del Vaticano II que todavía está por realizarse. Por ahora no pasa de ser una teoría, unos principios aceptados, pero con pocas consecuencias prácticas. Se requiere una toma de conciencia generalizada, tanto por parte de los clérigos como de los laicos. Se necesita sacudirse el miedo y saber que se aprende a caminar caminando. Es del todo necesario crear un modelo de Iglesia más corresponsable, cogestionario y participativo.

B. EL PUESTO DEL LAICO EN LA IGLESIA

El Concilio Vaticano II definió a la Iglesia como comunidad y sólo en un segundo momento, se refirió a la articulación de esta comunidad. El hecho es que en la práctica el protagonismo jerárquico no ha disminuido significativamente en favor del pueblo. Puede que las formas sean más benignas y que la teoría haya evolucionado, pero los hechos no han variado de modo notable.

La Iglesia ciertamente no es ácrata, pero su centro debe estar en la comunidad. Por esto en la Iglesia primitiva surgieron tantos ministerios de la comunidad y para ella. Los servidores no conformaban un colectivo aparte y menos exigían títulos o privilegios.

El clero tiene la misión de enseñar, de santificar y gobernar. Ciertamente, pero el laico está provisto del sentido de la fe, que es un sentido enraizado en la vida, mucho más que un mero contenido intelectual. La fe tiene que ver con la vida de fe y, por tanto, no puede ser monopolio del clero. Si se plantean mal estas cosas se formarán dependencias, infantilismos e imposiciones nocivas.

No es de recibo que la imagen de Dios sea proyectada en el ministro y se espere de él consuelo, santificación, ortodoxia... que sea el punto de referencia de la vida de los fieles. Hasta psicológicamente podría resultar muy negativo. Aunque un tal resultado sea confortante para algunos fieles y algunos ministros.

Es del todo necesario evitar el clericalismo: los privilegios, el ejercicio del ministerio en provecho propio, los títulos, la aureola... Convendría desmitificar en cierta manera al clero. Quizás si sus miembros fueran más abundantes, si vivieran más cerca del pueblo...

El ministro ordenado no debe ponerse en la fila de los que mandan, de los segregados. Su ministerio es un servicio, un diaconado. Sobra todo privilegio y todo título. Jesucristo se hace modelo de servidores, él que no vino a ser servido, sino a servir. La autoridad del presbítero nada tiene que ver con la del mundo.

En una Iglesia cordialmente servidora, orientada hacia la utopía, los ministros no necesariamente constituirían personal especializado, con las tentaciones que conlleva tal especialización. No existiría la angustia de las vocaciones porque éstas surgirían de las mismas comunidades de modo espontáneo. La comunidad estaría en el centro y el peso de los ministros sería un tanto relativizado.

No está trazado el perfil ideal del ministro. Los ha habido muy variados en la historia, pero ninguno es definitivo. Quizás no sabemos sus contornos exactos, pero al menos sí intuimos sus caricaturas y exageraciones a la luz del Vaticano II.

I. La comunidad antes que el ministro

Tras el Concilio está claro que la Iglesia se define como la comunidad de los fieles. La dignidad de los cristianos tiene su base en el bautismo, el mismo para todos. Ser bautizado hace al creyente laico, es decir, lo hace parte del pueblo. Desde esta perspectiva todo cristiano es laico, es miembro de la comunidad, del Pueblo de Dios. Sólo en un segundo momento los miembros de esta comunidad se articularán para el bien común y surgirán los ministerios con sus respectivos ministros. El centro de la Iglesia está la comunidad.

Estas afirmaciones no pretenden ser provocación alguna, aunque tampoco debieran pasar desapercibidas. Sencillamente conviene sacar las conclusiones de las conclusiones ya aceptadas teóricamente por la Iglesia. Se preguntará alguno si acaso el centro de la Iglesia no está en el Vaticano, en el Papa, y muy cerca de él, los personajes que manejan los hilos del gobierno. O si, a nivel diocesano, no es el obispo y sus asociados en el gobierno los que constituyen el centro de la comunidad diocesana. Otro tanto dígase del párroco respecto de la parroquia.

1. Iglesia organizada en torno al clero.

De hecho la Iglesia está organizada de tal modo que todo converge en el Papa, en el obispo, en el párroco. Es decir, en el clero. Y los catecismos suelen añadir que tal fue la voluntad de Jesucristo que escogió a los doce apóstoles y luego éstos eligieron a sus sucesores respectivos. La Iglesia no es democrática. Plantear las cosas desde otras perspectivas se diría que se hace con intención de molestar. Pero no, el centro de la Iglesia apunta a la comunidad.

Ahorrémonos el trabajo de abundar acerca de la existencia incuestionable de funciones o cargos de gobierno en las comunidades cristianas desde que existieron como tales. Es algo aceptado sin problemas. Las funciones de liderazgo o dirección en las comunidades cristianas no son un hecho secundario, ni una decisión arbitraria de los primeros cristianos. S. Pablo dirá que los ministerios de la comunidad son dones (1Cor 12,4,31) dados por Dios para el crecimiento de la Iglesia. Apóstoles, profetas y doctores han sido establecidos por Dios en la comunidad (1Cor 12,28; Ef 4,11).

Dicho esto, también es cierto que las primeras comunidades reconocieron gran diversidad de ministerios. Pablo, los Hechos y los Sinópticos se refieren a la multiplicidad de ministerios. Luego se reducirán a los tres conocidos en las cartas pastorales: diáconos, presbíteros y obispos. Pero ello no obsta para que la variedad de ministerios inicial fuera querida por Dios. Los tales ministerios se creaban según exigían las necesidades de cada momento. Por ejemplo, la primitiva Iglesia no mantuvo el número de los Doce, tras la elección de Matías, ni perpetuó el grupo de los setenta y dos. En cambio alumbró nuevas formas de ministerio, tales como los siete diáconos de habla griega en Jerusalén.

La Iglesia no es una comunidad ácrata. Pero volvamos a la idea inicial: la Iglesia - que necesita de líderes- no debe tener el centro en la jerarquía, sino en la comunidad. Tiene que haber jerarquía, pero no para monopolizar la actividad, la vida y el funcionamiento de la Iglesia. Se trata de una cuestión primordial y con muy notables consecuencias.

El centro es la comunidad y por esto los ministerios primitivos surgieron de acuerdo a sus necesidades. Por lo mismo las cartas de Pablo no se dirigen a los líderes, sino a las comunidades y ni siquiera encargan a los dirigentes que resuelvan las dificultades o litigios.

La comunidad de Corinto estaba muy dividida, sufría varios escándalos, reinaba la inmoralidad, el desorden en las asambleas e incluso en la celebración eucarística. Pablo les exhorta a resolver toda la problemática sin delegar o recurrir a un dirigente.

Hay suficientes indicios para pensar que Jesús eligió a los Doce en el marco de una comunidad más amplia. Lo primero no fueron los dirigentes. Tras el Vaticano II, de todos modos, está claro el pensamiento del magisterio: la Iglesia es ante todo el nuevo Pueblo de Dios, pueblo sacerdotal, en cuyo interior el Espíritu deposita sus carismas y ministerios. Solamente tras establecer muy bien estos principios la LG se refiere a la jerarquía (LG 18).

Por consiguiente la Iglesia es básicamente un Pueblo en el que todos los miembros deben ser activos y responsables, una comunidad cuyos asuntos a todos atañen y competen. Cada uno en su papel y en su puesto, pero todos activos y responsables de cara a cumplir la misión profética propia de la comunidad cristiana ante el mundo y la sociedad.

Digamos una vez más que estas afirmaciones no pretenden escamotear en absoluto el papel del ministerio institucionalizado. Sólomente desean equilibrar la vida de la Iglesia a fin de que se favorezca el clima de cara a la existencia de auténticas comunidades. Es preciso evitar la contraposición entre dos bloques: el dominante (clero) y el pasivo (laicos). Porque el centro de la fe no se halla en un grupo de personas sino en el pueblo creyente. Pero si se rompe el equilibrio entonces no habrá manera de mantener la centralidad de la comunidad.

Si la jerarquía es la que piensa, la que enseña, la que decide y organiza... como viene sucediendo al menos desde inicios de la Edad Media, entonces los laicos son una masa de gente bautizada y poco más. Tiene que pensar y actuar como le indica el clero, incluso debe seguir una espiritualidad clerical o monacal. No se le acaba de tomar en serio, pues en la práctica todo el poder de decisión (¡consejos sólo consultivos!) está en manos del clero. Aunque es cierto que algunos documentos eclesiales hablan elogiosamente de su dignidad y de su tarea específica.

El mal de todo radica en la contraposición sacerdocio-laicado en lugar de contraponer comunidad-ministerios. En el primer esquema se pone el acento sobre el clero, no sobre la comunidad, de modo que el clero sigue manteniendo el protagonismo. En efecto, acumula el poder-dominio de enseñar, de santificar y de gobernar. Tal poder, según la teoría, es un servicio, pero en la práctica no aparece tan claro. Veámoslo.

2. El clero enseña, santifica y gobierna.

Una de las funciones más ejercidas por el clero es la de enseñar (LG 25). Es, en efecto, una de las tareas del ministerio ordenado. Aunque conviene matizar. En primer lugar hay que tomar en cuenta que el sujeto primario y básico sobre el que reposa la infalibilidad es la Iglesia entera, el conjunto del pueblo de Dios: *la universalidad de los fieles, que tienen la unción del Santo, no puede equivocarse cuando cree, y esta prerrogativa peculiar suya la manifiesta mediante el sentido sobrenatural de la fe de todo el pueblo* (GS 12,1).

De manera que la enseñanza del clero en cierto modo la pre-saborea ya el cristiano por su sentido sobrenatural de la fe. Lo cual se hace más patente al tomar en cuenta que la fe no es una mera teoría, sino esencialmente una vida. Y la vida no es exclusiva del clero. Si, además, la enseñanza es un servicio, no puede impartirse para dominar y someter, para marcar distancias. Pero resulta que la función de enseñar se entiende generalmente como la transmisión de un saber y entonces sí se crean relaciones de dependencia entre el que enseña y el que aprende.

El saber es uno de los lugares más efectivos del poder. El que transmite la enseñanza modela al que aprende e inconscientemente deja claro quién es el que sabe y quién el que no. Con lo cual surgen actitudes de sumisión y de dependencia. Más aún, si el que enseña irradia un halo sagrado (por la ordenación y el estudio). De ahí que muchos laicos se asimilen al cura y actúen como monaguillos.

En resumen, el clero es protagonista y no la comunidad. La solución de este hecho no es ciertamente fácil. Pero ayudaría una mayor preparación teórica del laico, otorgarle tareas de enseñanza, también entre los adultos, y aceptar su participación y su consejo en los temas que conoce bien. El Vaticano II reconoce el derecho de los laicos y *en algunos casos la obligación de manifestar su parecer sobre aquellas cosas que dicen relación al bien de la Iglesia* (LG 37). El mismo párrafo del Concilio afirma que los ministros, ayudados por la experiencia de los laicos, pueden juzgar mejor los asuntos temporales y espirituales (LG 37).).

Sin embargo muchos conflictos han surgido cuando los laicos han querido asumir un papel activo y responsable en temas intra o extraeclesiales. Tampoco han faltado tensiones cuando movimientos laicos han expresado su opinión sobre materias relativas al orden temporal y a la misión de la Iglesia. Si se reconoce el deber y el derecho de los laicos a expresar su opinión en el interior de la Iglesia, esto implica el pluralismo en su interior. Y significa que es aceptada cordialmente la opinión autorizada de movimientos apostólicos y asociaciones de laicos sobre temas actuales, especialmente de carácter temporal y científico.

El clero santifica a los fieles en el sentido de que celebra los sacramentos, particularmente la eucaristía y la penitencia. Por tanto, los ministros ordenados tienen un poder que el resto no tiene. El protagonismo del clero es enorme si se toma en cuenta que sin él no hay eucaristía (la actividad que *hace* a la Iglesia), ni reconciliación sacramental, ni predicación litúrgica. Hasta parece quedar un tanto en la sombra la comunión de fe y amor de los fieles y el mismo mensaje de Jesús. El ordenado actúa como mediador entre Dios y el pueblo creyente, aun cuando el NT deja claro que sólo Jesús es el Mediador. Al otorgar un tan gran protagonismo al clero quedan desplazados aspectos muy centrales de la comunidad, de su fe y esperanza.

A todo esto se sobrepone que el ministro ordenado irradia una aureola de prestigio por cuanto tiene unos *poderes* de los que carecen los demás fieles. Es el hombre que merece respeto especial, que quizás puede favorecer o entorpecer los beneficios del Creador, dado que él mantiene una tal cercanía con Dios. Por supuesto, un modo de pensar erróneo, pero que entre gente sencilla no es difícil de constatar.

¿Solución? Ante todo un riguroso realismo: el sacerdote no está en absoluto por encima de los demás fieles, tiene la misma dignidad común que procede del bautismo. Ejerce un servicio que de ninguna manera debe encauzar hacia el propio beneficio. Caer en esta trampa equivaldría a claudicar ante un indecoroso clericalismo. Como Pablo, frente a quienes se arrodillaban ante él, cabe recordar que *nosotros somos gente igual que ustedes* (Hech 14,15).

Luego también ayudaría a desmitificar la persona y tarea del presbítero el hecho de ordenar sin tantas condiciones a personas adecuadas que pudieran celebrar la eucaristía en todos los rincones de la geografía católica. Al no escasear el ministro ordenado no habría necesidad de buscarlo con tanto ahínco. Se aplicaría -sea dicho con todo respeto- la ley de la oferta y la demanda: al no sentirse la falta de clero no habría necesidad de halagarlo. Puesto

que el clero estaría cerca de la gente y compartiría su estilo de vida, caería por sí mismo todo intento de mitificación. La comunidad recobraría su protagonismo.

El clero convoca y gobierna la comunidad: es la tercera función asignada a los clérigos. La LG 27 recalca, citando a Lc 22,26-27, que esta función debe hacerse humildemente, como un servicio, pues el que es mayor es exhortado a hacerse el servidor de todos. Jesús opuso radicalmente el servicio ministerial a cualquier otro tipo de autoridad mundana (Mt 20, 25-28; Mc 10, 42-45).

¿Dónde radica la diferencia entre uno y otro género de autoridad? Las autoridades mundanas tiranizan y oprimen. Pero en la Iglesia no ha de ser así. Y aquí no se trata de meras actitudes interiores de humildad. Si de hecho los pastores oprimen a los fieles con sus decisiones y su modo de proceder, de nada sirve invocar el espíritu de servicio o de humildad. Toda imposición que viene de arriba y no tiene en cuenta a la base es una opresión, un despotismo ilustrado: *todo para el pueblo, pero sin el pueblo*.

Sirva de ejemplo la afirmación de S. Cipriano: *desde el principio de mi episcopado determiné no tomar ninguna decisión por mi cuenta sin vuestro consejo y el consentimiento de todo el pueblo*. El hecho es que en las altas instancias no suele consultarse al pueblo, ni tampoco a nivel de diócesis o de parroquia. Justo es reconocerlo, aunque sea con dolor, que la Iglesia ejerce el poder de forma absolutista, lo cual hiere la sensibilidad de nuestros contemporáneos. Todavía se empeora la cosa al alegar que la Iglesia no es una democracia. No es una democracia, ciertamente, porque es mucho más que esto: una comunión.

El problema no está tanto en los individuos cuanto en el sistema. Hay que tomar en serio la tan proclamada dignidad de los laicos, la tan deseada colaboración con ellos. Hay que consultarles y darles poder de decisión. No se diga que está en peligro la ortodoxia, pues antes de llegar a estos niveles quedan ámbitos muy amplios en los que nada impide su actuación: la administración, la colaboración en la liturgia, la discusión de planes y organigramas, etc. etc.

3. La comunidad descompensada

Se comprenderá que, si el clero goza de casi todo el poder en el saber, el santificar y el gobernar, el conjunto de fieles queda muy disminuido. Antes del Vaticano II la teoría y la práctica coincidían: *en la jerarquía sola residen el derecho y la autoridad necesarias para promover y dirigir a todos los miembros al fin de la sociedad. En cuanto al pueblo, no tiene otro derecho que el de dejarse conducir y seguir dócilmente a sus pastores* (Vehementer Nos). La teoría del Vaticano II no es ésta, aunque tampoco puede decirse que la práctica ha cambiado sustancialmente. El papel del laico sigue siendo pasivo: escuchar, aceptar, cumplir...

En tales condiciones no puede esperarse que la comunidad madure, desarrolle sus carismas y se muestre creativa. Porque una verdadera comunidad cristiana -visible y palpable- no basta que tenga una sola fe, un solo bautismo, una sola caridad... También requiere de unas condiciones psicosociales: participación, responsabilidad, confianza, interacción... La raíz del problema radica en que tales condiciones no suelen darse en las comunidades cristianas. Y, una vez más, no tanto por la voluntad de las personas, sino por la estructuración de la Iglesia.

Desde un punto de vista sociológico y psicológico se hace casi imposible el buen funcionamiento de la comunidad. Mientras unos tengan el protagonismo total en el saber, el santificar y el gobernar, no se ve cómo la comunidad pueda ser protagonista.

Las cosas alcanzan un mayor nivel de complicación cuando se mira el asunto bajo el prisma del psicoanálisis. La (incorrecta) imagen del Dios-juez y del Dios-providencia responden a necesidades (infantiles) de seguridad y tienen que ver con el complejo de Edipo y el bloqueo de la figura paterna. Precisamente Freud descalifica a la religión por este motivo. El hecho es que la persona siente la necesidad de seguridad y suele proyectarla sobre el representante de Dios (sacerdote, padre, pastor). De él espera el consuelo del padre, del guía, del consejero y a él se acerca con el deseo de que le libere de la angustia, el miedo y la inseguridad.

No profundizamos el asunto, simplemente decimos que estos datos refuerzan la asimetría en el interior de la Iglesia. Unos están arriba y otros debajo. Se dan relaciones asimétricas y de dependencia. ¿Que igualdad o comunión puede establecerse en tales circunstancias? Más bien se seguirá alimentando el infantilismo, las falsas seguridades, las proyecciones sospechosas.

Por su parte a algunos clérigos les cae como anillo al dedo este tipo de relación. Porque ellos son los hombres del juicio temible y del perdón radical. Su protagonismo se mantiene a buen recaudo. Sienten sobre sí el reconocimiento de los fieles. Son considerados depositarios del poder de Dios, sin que normalmente se les exijan responsabilidades. Desde arriba puede afirmar que está al servicio de los hermanos. Es amado y venerado por lo general. Es el hombre clave porque transmite la doctrina correcta, derrama la gracia de Dios sobre los feligreses, les aconseja en sus más íntimas decisiones y les convoca en orden a la comunidad.

Por lo general todas estas cosas se viven a nivel inconsciente. Se trata de poderosas apetencias ocultas, de enrevesados mecanismos psicológicos. Ni siquiera suelen tener que ver con la moral. El caldo de cultivo que favorece estos comportamientos está en que unos apenas son tenidos en cuenta mientras que otros se hacen imprescindibles. Cuanto más inconscientes resultan las apetencias de poder tanta más resistencia suele ponerse a cualquier cambio que pudiera dar origen a una situación distinta.

II. Una Iglesia cordialmente servidora

La existencia de los ministerios o servicios es esencial para la comunidad cristiana. Quede claro una vez más. Se necesitan ministros que presidan la asamblea, que coordinen los diversos carismas, estimulen a los fieles... Pero una cosa es hablar de ministerios y otra de clero. La distinción bipolar clero-laicos no aparece en el NT ni en los primeros años de la Iglesia. Tal parece que el clero (entendido como colectividad con privilegios y separada del pueblo) tiene su origen en categorías de carácter más bien mundano.

1. La tentación del aplauso y el privilegio.

Los clérigos se asimilaron al orden de los magistrados que gobernaban en Roma. El término *ordo*, tomado del lenguaje político del tiempo, se refería al estado o condición que cada ciudadano ocupaba en la *civitas* (ciudad) y equivalía a rango, grado o condición.

Fundamentalmente los ciudadanos del imperio pertenecían a tres órdenes: el de los senadores, el de los caballeros y el de la plebe (*ordo senatorius*, *ordo equester*, *ordo plebeius*). En la práctica se hablaba de dos órdenes: senadores y caballeros, pues que se prescindía del pueblo. Esta terminología discriminatoria fue aceptada por la Iglesia y así se distinguía al clero del pueblo. Unos estaban ordenados y los otros no. Naturalmente, el orden conllevaba unos honores.

Sin embargo el NT dice expresamente que los dirigentes de la iglesia no deben situarse sobre la comunidad para imponerse a ella (Mc 10, 42-45; Mt 20, 25-28; Lc 22, 26-27; Jn 13, 13-17). Pablo recurre con frecuencia al término servidor (*diákonos*) para expresar su dependencia de Cristo (2Cor 6,4; 11,23; Col 1,7; 1Tim 4,6) como de los hermanos (Rom 15,25; Col 1,25; Heb 6,10; 1Pe 4,10). Se sirve igualmente del término esclavo (*doulos*) para indicar su dependencia respecto del evangelio y de los hombres a quienes se debe (1Cor 9, 19; 2Cor 4,5; Flp 2,22; 1Cor 3,21.23).

Me dirijo a los responsables de las comunidades, yo, responsable como ellos, que fui testigo de la pasión del Mesías y experimenté la gloria que va a revelarse; cuiden del rebaño de Dios que tienen a su cargo, miren por él, no por obligación, sino de buena gana, como Dios quiere; tampoco por sacar dinero, sino con entusiasmo; no tiranizando a los que les han confiado, sino haciéndose modelos del rebaño (1Pe 5,1-3).

Todo este vocabulario da un claro testimonio acerca del estilo con que se ejerce la función dirigente en la Iglesia. Lástima que suele reducirse todo ello a una exhortación de carácter personal y piadoso: los obispos deben ser individualmente humildes y mansos. Pero las citas mencionadas tienen muy poco eco a la hora de configurar unas estructuras de mayor participación y consideración de cara a los laicos.

El servicio sincero, la diaconía, implica situarse en último lugar y, por supuesto, impide toda separación, todo privilegio, toda dominación. A menos que no se entienda nada y en medio de la confusión sostengamos que el servidor debe ser objeto de atenciones y que el esclavo está ahí para recibir aplausos y privilegios. ¿No habrá sucedido precisamente esto a propósito de los clérigos y los laicos? Los clérigos tienen el poder de enseñar, de santificar y de gobernar, sin que apenas se limite su tarea o se matice el cómo. Los clérigos suelen separarse de los demás e incluso se les exige un estilo de vida un tanto aparte. Para colmo luego vienen los privilegios: títulos, insignias, reverencias, ingresos económicos... ¿Sintonizan estos comportamientos con lo que dice el evangelio?

2. La enseñanza de Jesús.

Jesús no fue un hombre separado de su pueblo ni organizó a sus discípulos como grupo aparte. Los levitas sí estaban separados de las demás tribus. La familia de Aarón se separaba incluso de los levitas. Para acceder al pontificado se requería formar parte de esta familia y concretamente de la estirpe de Sadoq. El sacerdocio era asunto de casta. Nada de esto encontramos en Jesús. Heb 2,17 aporta una sola condición para ejercer el sacerdocio: *hacerse en todo semejante a sus hermanos*. Exactamente al revés de cuanto sucedía en el AT.

La enseñanza de los rabinos era muy formal, el maestro caminaba por delante de los discípulos por algunas horas y propiamente no convivía con ellos. Los esenios se separaban expresamente del pueblo para marchar al desierto. Pues bien, Jesús caminaba y convivía con sus discípulos. Jamás tuvo intención de marcharse al desierto para organizar allá su formación.

Jesús no aceptó ninguna clase de privilegio. Por de pronto el NT no designa a los ministros con ningún título de poder o privilegio: jefe (*arjon*), dueño (*despótes*), señor (*kyrios*), maestro (*rabbí*). Y quedan prohibidos de raíz títulos tales como: padre, maestro, doctor, señor-monseñor (Mt 20,26-27; 23,7-8.11; Mc 9,35; 10,43-44; Lc 22,25; Jn 15,13-15). En buena lógica menos habrá que usar títulos como *excelencia*, *reverencia*, *eminencia*... No se trata sólo de la materialidad de las palabras (posiblemente la palabra *padre* ya no evoque una distinción honorífica), sino de la dosis de privilegio que contienen. En la comunidad cristiana todos son iguales. Y si alguno es más fuerte en relación al más débil, tendrá que esmerarse para mejor ayudarlo (1Cor 12,12-26).

Jesús no admite un poder sobre los demás. La fe cristiana es mucho más que una verdad teórica: es esencialmente una vida. Luego la función magisterial no se puede comprender ni practicar como un señorío o dominio acerca del pensamiento de los fieles, sino más bien como un testimonio y un servicio prestado a la vida integral de los creyentes. En cuanto al *poder* de regir es de tipo figurado. Poder en la línea del pastoreo, cuya función propia consiste en buscar lo que se ha perdido, el pecador, el extraviado y, más aún, en dar la vida por los demás. Todo pastoreo que no siga esta línea cae en la falsificación.

Me dirijo a los responsables de las comunidades... Cuiden del rebaño de Dios que tienen a su cargo... no tiranizando a los que les han confiado, sino haciéndose modelos del rebaño. Así, cuando aparezca el supremo Pastor, recibirán la corona perenne de gloria (1Pe 5,1-4).

El clero en cuanto grupo aparte y depositario de privilegios responde a una desviación del genuino ministerio eclesial. Ministerios sí, pero para el servicio, como el nombre indica. La creatividad de la primitiva Iglesia debiera ser imitada. Nada impide que aparezcan numerosos ministerios laicales de acuerdo a las necesidades del lugar y momento. Ministerios instituidos o no. Podrían ser la alternativa frente al protagonismo clerical, puesto que estructurarían el servicio desde lo comunitario e interpersonal, desde la sencillez contrapuesta al aparato, al boato de la burocracia, a la territorialidad masificadora. Los ministerios laicales irían más allá de lo cúllico y pondrían en práctica una necesaria corresponsabilidad.

3. Hacia una Iglesia cordialmente servidora.

¿Significa todo esto que los obispos y los presbíteros -a fin de que no sean clérigos- aparte de renunciar a todo privilegio y título deberían dejar de depender económicamente de poderes de este mundo? ¿Significa que deberían ganarse el sustento con un trabajo profano y así no situarse por encima de la comunidad? Tal vez sea mejor no hacer afirmaciones categóricas y, en todo caso, habría que contar (si se diera la hipótesis) con las excepciones y *liberaciones* que necesarias. Pero de este modo sin duda serían ciudadanos como los demás, miembros de una comunidad como el resto de los cristianos. No raramente se alega que la culpa del protagonismo clerical en la Iglesia debe atribuirse a que el clero se ha especializado en asuntos religiosos. Y la especialización implica un saber complicado, unos dineros reservados a que la máquina siga funcionando, unos privilegios... La especialización o profesionalización posiblemente garantiza mayor seriedad y estabilidad a lo que se lleva entre manos, pero también tiene el peligro de que se diluya la mística y el entusiasmo.

La especialización de los ministros conlleva el problema de las vocaciones. Hay gente angustiada por la falta de vocaciones hoy día en la Iglesia. En la primitiva Iglesia no podía existir una tal carencia. Sencillamente porque era la comunidad la que encargaba a uno de sus miembros la tarea ministerial. El sujeto era consultado, pero le designaba la comunidad. El teólogo Congar ha demostrado estos datos. En tiempos antiguos la

comunidad no sólo tenía el derecho de nombrar a sus ministros, sino incluso de deponerlos cuando no se comportaban de acuerdo a su misión

Los laicos, como todos los fieles cristianos, tienen el derecho de recibir con abundancia de los sagrados pastores, de entre los bienes espirituales de la Iglesia, ante todo, los auxilios de la palabra y de los sacramentos (LG 37)

Si los fieles tienen este derecho es claro que los pastores deben responder adecuadamente. A ellos toca poner los medios adecuados para que existan los ministros suficientes para anunciar la palabra de Dios y celebrar los sacramentos. No obstante sabemos que en muchos lugares no se puede celebrar la eucaristía dominical y muchos moribundos se ven privados de los últimos sacramentos. El derecho de los fieles es anterior y superior al de unas condiciones que probablemente ahuyentan a ciertos candidatos (largos estudios, celibato, seminario...). Si realmente el ministro tiene la función de servir a los fieles, lo de calificar para entrar en un grupo escogido (privilegiado), resultará más bien secundario.

Este modo de concebir el ministerio ya indica que la comunidad está en el centro y no el clero. ¿No habrá que trabajar para recuperar muchos hechos y actitudes positivos experimentados en el pasado? Una Iglesia así concebida paradójicamente no eliminaría a los ministros, sino que los multiplicaría. Pues las comunidades, por pequeñas que sean, necesitan de alguien que quiera servirles.

C. LOS MINISTERIOS LAICALES EN NUESTRA IGLESIA

Las comunidades primitivas estaban poco estructuradas y generaban de modo espontáneo gran cantidad de carismas, oficios y ministerios. No existía una división tajante entre clérigos y laicos. Todos eran miembros del pueblo (*laos*) y tenían parte en la misma heredad (*kleros*).

Determinadas circunstancias históricas, como la aparición de herejías, contribuyeron a que el papel de los profetas y maestros laicos pasaran a segundo término y prácticamente desaparecieran. Poco a poco los clérigos acapararon todas las funciones que desempeñaban los laicos en la iglesia. Algunos ministerios fueron considerados como peldaños hacia el sacerdocio.

Afortunadamente la perspectiva cambió en el Concilio Vaticano II. El Concilio restauró el diaconado y este hecho impulsó la irrupción posterior de los ministerios laicales: catequistas, animadores de cantos, de oración, servidores de la palabra, asistencia a necesitados, a presos, a inmigrantes....

Hay multitud de ministerios que ni siquiera requieren de una institución. Surgen de la entraña cristiana misma. Más aún, los que se desarrollan en el exterior de la Iglesia no deben ser instituidos, sino simplemente reconocidos por la jerarquía. Pues instituir el ministerio de padre de familia, de político, de médico, estaría fuera de lugar e implicaría la caída en un clericalismo de nuevo cuño.

Al laico le corresponden también ministerios en el interior de la Iglesia, pues que es miembro de ella. Una Instrucción vaticana del año 1997 ha visto con desconfianza una colaboración laical cercana por los peligros que pudiera suponer.

La Instrucción enfatiza que una cosa son los ministerios de carácter bautismal y otros los que ejerza el laico por vía de delegación procedente de quien posee el sacramento del orden.

La espiritualidad de los ministerios laicales tiene su fundamento en el bautismo y en la confirmación. El bautismo nos une a la vocación y misión de Cristo que llegó hasta la muerte por fidelidad a la buena nueva. La confirmación es un compromiso en defensa de la justicia, de los más débiles y desafortunados de la sociedad. *Servicio* es la palabra clave de la espiritualidad que corresponde a los ministerios laicales.

Los ministerios laicales suponen una alternativa al excesivo protagonismo del clero en la iglesia, a los parámetros demasiado burocráticos que rigen en la Iglesia de Dios.

I. Los ministerios ayer y hoy

En el NT las comunidades primitivas favorecían gran diversidad de tareas, funciones y servicios. No se limitaban a los tres ministerios ordenados de obispo, presbítero y diácono. Las comunidades estaban poco estructuradas y generaban gran cantidad de carismas, oficios y ministerios. No existía distinción explícita entre ministerios laicales u ordenados. Los profetas desempeñaban un papel de relieve en la Iglesia primitiva, así como los maestros o doctores. Numerosísimas son las citas que lo demuestran.

Todo cristiano se mostraba activo, no existía un ministerio que acaparara las diversas funciones. No se daba la división entre clérigos y laicos. Todo cristiano pertenecía al *laos* (pueblo) y era parte del *kleros* (heredad). La jerarquía es esencial, como queda dicho, pero la Iglesia de Dios requiere multitud de servicios más o menos estables u ocasionales, espontáneos o reconocidos, al margen de la ordenación sacramental. Ministerios para ayudar en la celebración litúrgica, acoger a los inmigrantes, presidir una asociación de vecinos...

1. Los laicos gradualmente excluidos

Está fuera de lugar el modelo del sacerdote como gestor único en la Iglesia. Varios documentos del Vaticano II hablan de *ministerios*. La razón teológica profunda la da la exhortación apostólica *Christifideles laici*: los fieles incorporados a Cristo por el bautismo se constituyen en pueblo de Dios, y participan del oficio sacerdotal, profético y real de Cristo, de tal manera que así ejercitan la misión de todo el pueblo cristiano en la Iglesia y en el mundo (Cf *Christifideles* 14).

El laico no actúa porque la jerarquía le hace la concesión graciosa de llamarle al ministerio, sino por la obligación que brota de su bautismo, por la condición de miembro del pueblo de Dios, por la universal misión y ministerio que se le confía. Una Iglesia donde se silencie a los fieles y el ministerio ordenado tienda a gestionarlo todo no es fiel a la tradición, ni siquiera a las grandes líneas teológicas del magisterio.

Los ministerios laicales fueron abundantes en los inicios de la Iglesia y el Concilio, con buen tino, quiso recuperarlos para el hoy de la Iglesia. Ello es tanto más necesario cuanto que a lo largo de la historia se ha producido una concentración de tareas en manos de los ministros ordenados marginando a los laicos.

En la Iglesia antigua se dieron circunstancias que llevaron al progresivo control de los profetas hasta anularlos prácticamente. El motivo fue la aparición de las herejías gnósticas y montanistas (ss. III y IV). Eran herejías que ensalzaban grandemente el fenómeno profético. De ahí la voluntad de controlar a los profetas para fortalecer la autoridad de los obispos que creían amenazada.

Otro hecho que favoreció la tendencia a marginar a los laicos fue la rápida asimilación de las estructuras y criterios del Imperio romano por parte de la Iglesia. El imperio había apostado claramente por el modelo patriarcal. El padre de familias poseía toda potestad y dominio sobre los demás miembros de la familia. Tal poder fue proyectado en el obispo. Y así la enseñanza y la predicación se convirtieron en monopolio del clero. Muchos teólogos en los primeros tiempos de la Iglesia eran laicos: Justino, Tertuliano, Clemente de Alejandría, Orígenes, Panteno...

Los teólogos laicos fueron excluidos durante el siglo III como antes habían desaparecido los profetas. Los gnósticos presentaban listas de maestros con la pretensión de garantizar su mensaje conectándolo con la autoridad de los apóstoles. Entonces la Iglesia

respondió con sus propias listas de obispos que conectaban las diversas sedes con los mencionados apóstoles. La sucesión episcopal ganó relevancia a costa del papel de los maestros laicos.

Todavía hay que añadir otra causa a la mencionada marginación de los laicos. Los tres ministerios ordenados poco a poco van convirtiéndose en una escalafón. Ya no se elige a un candidato para alguno de estos ministerios, sino que el candidato pretende llegar hasta el obispado y para ello va ascendiendo desde los escalones inferiores. Así el ministerio se contagia de un cierto carrerismo. La idea de servicio se desplaza hacia la de dignidad y potestad.

Más aún, los ministerios de subdiácono (que ayuda al diácono), de lector, exorcista y portero del templo pasan a ser grados iniciales de la carrera eclesiástica. La puerta de acceso es la tonsura mediante la cual el individuo abandona el estado laical para entrar en el clerical. Se consolidó la división entre clero y laicado: los que gestionan las tareas y responsabilidades de la Iglesia y la clientela beneficiaria de los mismos. Los que mandan y la masa indiferenciada. Es el régimen de cristiandad que pervivirá desde la Edad Media hasta antes del Vaticano II.

2. Antes y después del Concilio

La Acción Católica empezó a cambiar la orientación pasiva y gregaria de los laicos en la Iglesia. Pío XI, su iniciador, la definió como la *participación de los fieles en el apostolado jerárquico*. Pío XII prefirió hablar de *colaboración* más que de *participación* con el apostolado jerárquico. En ambos casos, sin embargo, se comprendía como *el brazo largo de la jerarquía*.

La mentalidad de la Acción Católica del momento no conectaba la misión y el apostolado con el bautismo y la confirmación, sino más bien con la tarea de la jerarquía. Sin embargo es del todo necesario distinguir entre una misión que parte de la raíz bautismal o una delegación que viene de la jerarquía. Muy diversas son las consecuencias si el cristiano se siente llamado por su bautismo a la misión propia de la Iglesia o si requiere de permiso para colaborar en alguna obra de apostolado. En este caso el punto de partida es el sacramento del orden: el ordenado llama -delega, envía- a un laico para que le ayude.

En este contexto el hecho de que los laicos fueran llamados a una tarea de colaboración con la jerarquía no les permitía apenas margen de maniobra a la hora de discernir las propias opciones. Si eran colaboradores no podían tener iniciativas en desacuerdo con los últimos responsables. De ahí vino la gran crisis de la Acción Católica en los años sesenta. Los laicos querían ejercer una acción eclesial en virtud de su bautismo y confirmación, y tomar decisiones propias. Por algo vivían inmersos en el tejido social y sus problemas

El Vaticano II determinó restaurar el diaconado como grado permanente de la jerarquía y permitir que fuera ejercido por varones incluso casados (LG 29). Este hecho impulsó los nuevos ministerios laicales. Pablo VI decidió transformar las órdenes menores en servicios y ministerios, especialmente el lectorado y acolitado, para que pudieran ser también ejercidas por laicos de forma permanente y no por ordenación clerical, sino por *institución*. El fundamento de este hecho lo sitúa Pablo VI (*Ministeria quaedam*, agosto 1972) en la dignidad bautismal y en la misión propia de todo cristiano.

Luego el mismo Papa, en *la Evangelii Nuntiandi*, amplía los ministerios en la línea de catequistas, animadores de oración, del canto, del servicio de la palabra, la asistencia a

los necesitados, dirigentes de pequeñas comunidades, responsables de movimientos apostólicos y otros servicios de utilidad (EN 73, diciembre de 1975).

II. Puntos candentes

El amplio movimiento de ministerios laicales que se da hoy día en la Iglesia va más allá de las sugerencias del magisterio y sobrepasa incluso sus previsiones. Quizás por esto algunas voces recelosas se levantan para tratar de clarificar el vocabulario, alertar frente a eventuales abusos y precisar situaciones inéditas. Así lo han hecho diversos Dicasterios de la Curia Vaticana en agosto del 1997 a través de una Instrucción a la que nos referiremos ampliamente.

1. Ministerios que no requieren institución.

Dado que han proliferado grandemente las pequeñas comunidades, especialmente en los países más pobres (sobre todo en América Latina), sus miembros han debido tomar iniciativas de cara a la construcción del Reino. No se trata de que los fieles más conscientes se sientan colaboradores de la jerarquía, sino de que su bautismo les empuja y responsabiliza a la misión, aunque la jerarquía no los llame expresamente. Y además experimentan los dones del Espíritu que se comunica al creyente, sea cual sea su situación en la Iglesia.

Los ministerios a que nos referimos no deben concebirse como oficios cualificados ni como fruto de inspiraciones místicas. Se trata de algo más común, de la tarea de maestros y enseñantes que ayudan a tomar conciencia al pueblo de sus derechos, de la labor de catequistas que transmiten el contenido del mensaje de Jesús a niños ya a adultos. Se trata también de los coordinadores de comunidades que las sostienen en su lucha por el Reino, de la entrega de muchas religiosas que asisten a enfermos, marginados, ancianos, de la lucha de agentes sindicales y políticos que trabajan por la justicia y por unas estructuras más humanas.

Entran en el capítulo de los ministerios los trabajos de quienes animan a movimientos populares, organizaciones no gubernamentales, de quienes defienden derechos humanos, se preocupan por los inmigrantes, etc. Por supuesto que no hay que olvidar a los animadores de la liturgia, del canto, los promotores de grupos de oración, etc.

Cierto que personas con los trabajos mencionados han existido siempre en la Iglesia, pues siempre el Espíritu de Dios ha animado a los fieles. Pero el fenómeno tiene nuevas características. Estas personas se sienten vinculadas a pequeñas comunidades, actúan desde ellas con un talante profético. Los nuevos ministerios están conectados con la Iglesia particular en que nacen, en la que se fomentan y donde se ejercen. Es de notar que en América Latina en ocasiones los llevan a cabo personas de condición muy humilde, procedentes de suburbios o de origen campesino. No tienen inconveniente en ser agentes de la Palabra, se animan a ejercer como líderes de pequeños grupos.

Es preciso recordar que el laico no tiene sólo una tarea secular, como una visión un tanto parcializada parece dar a entender. La teología postconciliar, y también el mismo magisterio, ha corregido en parte esta perspectiva. Por tanto el laico puede y debe ejercer un ministerio en el interior de la Iglesia (lectores, acólitos, catequistas, etc.). Por ser miembro de la Iglesia le compete su construcción hacia el interior y también hacia el exterior, aunque con acentos propios. Pero se caería en un indeseable clericalismo al pasar por alto que el

ministerio principal del laico normalmente es ejercido en la sociedad. Entonces, ¿habrá que instituir una interminable lista de tareas relacionadas con la sociedad?

Bien está que se instituyan ministerios laicales en el campo de la liturgia, de la palabra y sus entornos. Pero los servicios de puertas hacia fuera (*ad extra*) -los más propios del laico- no parece deban ser instituidos. Hay que tomar en serio que el Espíritu no es poseído por nadie en exclusiva y que todos *somos conciudadanos de los santos (...), edificados sobre el fundamento de los apóstoles y de los profetas* (Ef 2,19 ss). En principio cada creyente actúa en Cristo y animado por su Espíritu, de modo que cualquier servicio en orden a la misión debe considerarse ministerio eclesial.

En este sentido es aleccionador que un documento de la Conferencia episcopal italiana no se refiera sólo al reconocimiento público de un ministerio a través del rito litúrgico o la explicitación canónica, sino que también aluda a un *tácito y efectivo consentimiento de la autoridad eclesiástica respecto de ministerios que ya existen de hecho*. Lo cual abre un amplio horizonte para los ministerios de la animación cristiana del orden temporal y de la promoción humana que, con todo derecho, forman parte de la misión de la Iglesia.

Nadie pone en duda que al ministerio ordenado, sobre todo al obispo, compete el discernimiento acerca de los carismas y actividades de los laicos. Pero esto no significa que un ministerio no pueda ser calificado como eclesial mientras no goce de un reconocimiento jerárquico explícito. Más bien habría que plantear el asunto al revés y decir que los ministerios de los laicos sólo deberán ser rechazados como eclesiales cuando resulten positivamente desautorizados por los legítimos pastores.

2. Principios teológicos y terminología

El 15 de agosto de 1997 salió a luz pública la Instrucción: *algunas cuestiones acerca de la colaboración de los laicos en el sagrado ministerio de los sacerdotes*. La premisa del texto es prometedora al subrayar *la urgencia e importancia de la acción apostólica de los fieles laicos para el presente y el futuro de la evangelización*. Luego el contenido no se corresponde con estas afirmaciones. El texto distingue entre *ministerios más propiamente bautismales y tareas más íntimamente vinculadas a los deberes de los pastores*. Es decir, deja bien claro que unos ministerios corresponden a todos los fieles y otros los ejercen por delegación jerárquica (proceden del sacramento del orden).

Alaba el texto la colaboración positiva de los fieles, aunque lamenta que en algunas regiones se den abusos. No se trata de un cambio de rumbo en la colaboración mutua. Pero esta colaboración, afirma la Instrucción, es un fenómeno transitorio que perderá importancia cuando haya más vocaciones. Habría que preguntarse la base real de una tal afirmación y si no puede resultar hasta ofensivo para los laicos el deseo de que no se les necesite en el futuro.

La misma Instrucción dice que en el plano teológico y doctrinal no quiere aportar novedad alguna. El punto que más le preocupa es diferenciar la esencia diversa entre sacerdocio común y sacerdocio ministerial. El ministerial tiene su raíz en la misión de los discípulos por Jesús (origen de la sucesión apostólica) e incluye las tres funciones conocidas: la palabra, los sacramentos y la guía pastoral. El sacerdocio común se origina en el bautismo, el cual incluye también las tres funciones, pero en diverso grado.

Estas cosas están bastante claras, pero se repiten, pues los autores temen que los laicos pretendan promocionarse en la Iglesia o incluso sustituir el ministerio ordenado. Pero

la realidad no es ésta. Por lo general ellos participan en la Iglesia de modo desinteresado y nada tienen contra los presbíteros, sino que más bien suelen reclamar su presencia.

En cuanto al temor de que la participación de los laicos en el ministerio pastoral pudiera disminuir el número de vocaciones al sacerdocio conviene decir que es impropio confundir los efectos con las causas. Quizás con más acierto cabría decir que el compromiso de los laicos, como su mayor cercanía a los presbíteros, podrían estimular vocaciones al ministerio ordenado.

El texto que nos ocupa, por lo demás, nada dice acerca de la identidad eclesial de los laicos asociados de modo estable al ministerio pastoral. Hay un deseo explícito de que las tareas confiadas a los laicos sean transitorias. Se adivina un vago temor. La Instrucción reconoce, de todos modos, la existencia de los ministerios ordenados y los ministerios bautismales. No pone en tela de juicio la palabra *ministerio*, que procede del Vaticano II y fue consolidada por Pablo VI (a quien extrañamente nunca cita la Instrucción).

1. Disposiciones de carácter práctico

a) *Ministerio de la palabra*. La Instrucción subraya que el papel de los laicos está en la catequesis. La predicación en la Iglesia sólo es aceptable en caso de necesidad o verdadera utilidad, a título de suplencia y con carácter excepcional. A los fieles no ordenados, a los seminaristas o estudiantes de teología no les es lícito hacer la homilía en el marco de una celebración eucarística, aunque sí fuera de ella. En la misa los laicos sí pueden ofrecer un testimonio o tener una intervención breve, mientras no se confunda con la homilía.

No prohíbe el Derecho -ni nunca lo ha hecho- que el laico haga uso de la palabra en la celebración eucarística, pero la Instrucción se empeña en distinguir algún tipo de intervención con la homilía. Lo cual podría ser una distinción meramente formal. Hay casos en que, atendiendo a causas pastorales, el laico se desenvolvería mejor en la homilía. Por ejemplo, cuando hay que llamar a un sacerdote venido de fuera en unas jornadas intensivas. No conoce las vivencias ni los temas tratados. ¿No sería mejor que un laico bien empapado del asunto se hiciera cargo de la predicación en el interior de la misa?

Se dice que la homilía del laico fuera de la misa tiene carácter excepcional. Puede ser que en principio, o por motivaciones jurídicas sea así, pero la práctica dice que nada tiene de excepcional. Las celebraciones sin sacerdote se multiplican. Por lo demás, la Iglesia antigua solicitó a laicos competentes que explicaran las Escrituras en la asamblea eclesial. Cuando algún obispo protestó por el hecho, se le respondió que esta circunstancia no era nada excepcional, alegando lo razonable de invitar a los *hombres capaces de hacer algún servicio a sus hermanos*. En la Edad Media el asunto fue muy discutido. Algunos Papas autorizaron la predicación de los laicos.

b) *Parroquias a no ordenados (canon 517,2)*. Indica el canon que se confíen parroquias y capellanías a personas no ordenadas bajo la autoridad de un sacerdote moderador, que recibe los poderes canónicos de párroco. La Instrucción parece dar a entender que se ha abusado del canon, pero no se sabe acerca de eventuales excesos. Para evitar la situación de un laico al frente de la parroquia pide a sacerdotes ancianos que se mantengan en el servicio, cuando apenas tienen fuerzas para ello. El texto prefiere el diácono al laico, sin tomar en cuenta que *el diácono no es ordenado para el sacerdocio, sino para el servicio* (LG 29) y que no está nada claro en teología que deba dedicarse al ministerio parroquial, a no ser en casos excepcionales.

c) *Celebración dominical sin presbítero.* La Iglesia siempre ha favorecido la celebración eucarística, hasta el punto de obligar a ella con un precepto. Sin embargo, las circunstancias impulsan a las celebraciones dominicales sin presbítero. ¿No habría modo de modificar circunstancias y condiciones para que se pudiera celebrar la Eucaristía cuantas veces hiciera falta? El texto se consuela porque -dice- se trata de una solución temporal. Pero una vez más es poco realista. Como sigue siéndolo al pedir que la facultad de distribuir la eucaristía sea otorgada sólo por el obispo diocesano, usando una fórmula litúrgica apropiada, pues el sacerdote sólo puede autorizar en casos excepcionales e imprevisibles.

d) *La Unción de los enfermos.* Se prohíbe estrictamente a los fieles laicos la administración de la unción. Cuando tienen tareas pastorales en hospitales deben simplemente suscitar el deseo de los sacramentos. El drama es que no hay sacerdotes disponibles para administrarlos. La disciplina actual debe ser respetada, pero ello no impide que muchos enfermos mueran sin sacramentos cuando desearían recibirlos.

Por lo demás, se sabe que en la Iglesia antigua había laicos que administraban este sacramento. Ellos consideraban que el sacramento lo confeccionaba el obispo en la bendición de los óleos. Luego los laicos simplemente lo aplicaban. Algo así como la eucaristía que *hace* el sacerdote, pero pueden administrar los laicos. Sucedió en los primeros seis siglos. Hay un adagio que dice así: *lo que la Iglesia hace a lo largo de mucho tiempo es que puede hacerlo.* Ciertamente que Trento limitó el sacramento a los sacerdotes, pero habría que estudiar si quería comprometerse de modo irrevocable en esta afirmación. Más bien parece que actuó presionado por los errores de los protestantes, que ignoraban la tarea del ministro ordenado.

f) *Matrimonio, bautismos y funerales.* Nada se modifica de la práctica habitual, aunque se tiende a la restricción. Exhorta a que los sacerdotes estén presentes en el lecho del moribundo y en la celebración de exequias, pues éstas constituyen una buena ocasión pastoral. El hecho es que el sacerdote debería dedicar gran parte de su tiempo a celebrar funerales en detrimento de otras actuaciones pastorales, de hacer caso a la Instrucción. Por ello en algunas diócesis los obispos otorgan *cartas de misión* a los laicos para que se hagan cargo de las exequias. Todo parece indicar que este terreno cada vez más quedará en manos de los laicos.

Los abusos, si los hay, deben reformarse. Pero la Instrucción no puede ser la última palabra de la Iglesia sobre una temática tan importante. Algún sínodo de obispos debe profundizar en ella. Mientras tanto, conviene ser realistas y reconocer que la crisis vocacional no es un paréntesis fácilmente superable. Hay que animar a los laicos a que participen en las tareas pastorales y evitar toda desconfianza hacia ellos.

III. Una espiritualidad para el ministerio laical

El perfil de cristiano que circula en la sociedad, e incluso en el interior de la Iglesia, resulta bastante penoso. Responde al hombre o la mujer que asiste a la misa dominical, se propone cumplir en principio los diez mandamientos, lleva a bautizar a los hijos, desea un matrimonio por la Iglesia y finalmente busca a un sacerdote para enterrar a sus difuntos. Lo de la espiritualidad bautismal, la lucha en pro de la justicia y de un mundo más humano, anda muy lejos de estos conceptos.

Sin embargo, todo bautizado está llamado a participar y actuar responsablemente en la Iglesia que lo ha acogido. Tiene que buscar el ministerio más adecuado a su talante y vocación. El cristiano, después de todo, bien podría definirse como un servidor a ejemplo del Maestro que vino a servir y no a ser servido.

1. Miembros activos por el bautismo

a) Ministerios para todos. Los ministerios no son sólo para una elite de cristianos, sino que todos están llamados a ejercerlos. Por lo general se tiene la percepción de que los bautizados están obligados a participar en la misa dominical y no transgredir los mandamientos (entendidos de manera privatizante y con énfasis en el robo y el sexo). Esta mentalidad es nefasta para la vida de la Iglesia. Lleva a que la mayoría se contente con el mero consumo de servicios religiosos. Ellos no se sienten obligados a más. No han sentido una especial interpelación que sí han experimentado los sacerdotes y religiosos. A ellos hay que reservar propiamente el trabajo de y en la Iglesia.

Una tal mentalidad llega a la conclusión de que los clérigos son las personas activas y responsables en la Iglesia, mientras que a los laicos les corresponde el papel de meros receptores de los servicios religiosos suplidos por el clero. Históricamente así ha sucedido en amplias épocas de la historia y se ha fomentado el clericalismo que está en la base de este planteamiento. Más aún, numeroso clérigos y laicos están encantados con esta división de funciones.

Pero ya no es de recibo la frecuente alegación en boca de algunos fieles: *a mí que me digan lo que hay que hacer*. Porque eso, más explícitamente, equivale a decir: *a mí que me quiten de encima la losa de la libertad y la responsabilidad, que no me pongan metas imprecisas ni me exhorten a compromisos poco mensurables. A mí que me digan exactamente la limosna que he de dar y el tiempo a reservar para los demás. Quiero saber, además, hasta qué punto lo que me mandan hacer es o no necesario para la propia salvación*. Como si de una póliza de seguros se tratara. He aquí una mentalidad comercial, muy alejada de la actitud religiosa que se elabora con los mimbres de la amistad, la confianza, el compromiso y la entrega.

Todo cristiano está llamado a desempeñar el ministerio que más sintoniza con él o que las circunstancias le brindan. Es una conclusión obvia de que todos somos miembros del cuerpo de Cristo que es la Iglesia. En el cuerpo ningún miembro está llamado a la inactividad. S. Pablo lo recuerda en 1Cor 12, 12-27 y saca las conclusiones correspondientes en cuanto a diversidad de ministerios y carismas (1Cor 12, 28-31).

b) Fundamento bautismal. La razón última y decisiva de esta teología la hallamos en el bautismo y la confirmación. Ambos sacramentos implican el compromiso. La importancia del bautismo, que Jesús recibió de Juan, radica en que Jesús aceptó la vocación y el destino que le mostraba el Padre: la vocación y el destino del Siervo doliente que se solidariza con el pueblo hasta sufrir y morir por él (Mc 1-9-11; Mt 3,13-17; Lc 3,21-22; Jn 1,32-34). Los evangelios ponen por dos veces en boca de Jesús la palabra *bautizar* en relación con su propia muerte (Mc 10,38; Lc 12,50). Ser bautizado, pues, equivale a ser crucificado, a morir por el pueblo.

Justamente esta idea es la que resalta el texto central del NT para el bautismo: el cristiano se asocia al destino de muerte y resurrección de Jesús a través del bautismo, lo cual equivale a revestirse de Cristo (Rom 6,3-5Gal 3,27), es decir, a adoptar una conducta semejante a la suya. De manera que ser bautizado implica asumir una vocación, un comportamiento de características semejantes a las de Jesús.

c) *En defensa de la justicia*. Lo típico del sacramento de la confirmación no es el don del Espíritu que ya lo otorga el bautismo (precisamente en ello supera al bautismo de Juan). Ni tampoco la confirmación es la perfección del bautismo, pues éste es perfecto en sí mismo. ¿Entonces? La confirmación implica la unción con el crisma. En el AT los reyes eran ungidos con aceite perfumado, que significaba el poder para ejercer su función. ¿Cuál función? La defensa de la justicia -pobres y desvalidos, huérfanos y viudas, según la mentalidad del AT- de aquellos que por sí mismos no podían defenderse. Dios es quien defiende a los pobres y marginados (Sal 82,1-4), pero esta defensa la hace a través del rey (Sal 45,8; 72, 1-4.12-14).

Por si faltara concretarlo, la confirmación es el sacramento en el que el cristiano se compromete a luchar en defensa de la justicia. Una justicia que no es la del derecho romano (dar a cada uno lo suyo), sino que consiste en defender con eficacia a los pobres y marginados. Este es el ministerio fundamental del laico que luego se especifica y diversifica en múltiples servicios en favor del prójimo según las propias capacidades y circunstancias.

Y así está claro que las obligaciones del laico no se limitan a la misa dominical ni a la moral de los diez mandamientos, sino que a él se le encomienda la defensa de la justicia en sus muchas vertientes. Nadie puede excusarse de esta tarea, así que cada uno deberá discernir en profundidad cuál es el ministerio llamado a desempeñar.

El ministerio quizás coincida con la propia profesión: un médico o un abogado que no trabajan simplemente para acrecentar honorarios, sino con vocación de servicio a pobres y desamparados (al menos unas horas o unos días). En ocasiones una persona o una familia puede sentirse llamada a actuar en el Tercer Mundo donde las carencias sanitarias y educativas son enormes. Cuando los jóvenes eligen su carrera y profesión deberán tener en cuenta otros criterios más allá de los ingresos y la comodidad.

A veces el ministerio constituirá una tarea adicional a la profesión. Los campesinos de determinadas geografías ejercen de líderes de grupos, de catequistas... Las amas de casa visitan a los enfermos, a los presos. Otros acogen a inmigrantes de la manera que su creatividad les permite. Las circunstancias de la vida y las inspiraciones del Espíritu no son contabilizables. Lo importante es mantenerse en actitud de escucha y discernimiento.

Estas cosas están fuera de la realidad para muchísimos cristianos *sociológicos*. Jamás se les han planteado siquiera. Pero importan mucho a los cristianos genuinos y como debieran ser: responsables, activos, dedicados a su carisma propio. (1Cor 12,7-11).

2. Laicos y servidores

Si hablamos de ministerios laicales, la espiritualidad que los alimente deberá ser laical. No está de más formular esta perogrullada, ya que estamos habituados a asociar el concepto de espiritualidad con el de religioso y de monje. Por muchos años el laico que quería progresar en su fe era invitado a imitar la espiritualidad monacal: largos ratos de oración, retiros, ejercicios, silencio, poco contacto con el prójimo, huida de distracciones, énfasis en la recta intención (a costa del buen resultado), etc. A la *Imitación de Cristo* del Kempis cabría remitirse. La espiritualidad laical no es la de los religiosos ni la de los monjes en pequeñas dosis. Ellos tienen su propio estilo de vida.

La espiritualidad del ministerio laico es la del servicio. La palabra *ministerio* viene de *servicio*, de modo que no es necesario profundizar más. Servicio indica una actividad impuesta por otra persona o voluntariamente aceptada, pero que redundará en beneficio de la

persona o causa a quien se sirve. Servir es antónimo de dominar. La actitud que corresponde al servidor es la humildad en contraposición al dominio.

El NT recurre básicamente al vocablo: *diaconéo* que significa *servir a la mesa* y acaba indicando la idea de servir en general. Los evangelios hablan de servir a la mesa, de asistir a personas concretas. Sobreentienden que se trata de un trabajo humilde, propio de gente de baja condición. En la pasión de Jesús implica humillación y entrega (Mc 10,45). Más tarde Pablo usará el vocablo para designar la predicación de la palabra, pero dando por descontado que se trata de un servicio humilde como el de quien sirve a la mesa. En boca de Jesús encontramos la frase: *Yo estoy entre ustedes como quien sirve* (Lc 22,27; Cf Mt 20,28; Lc 22, 26; Mt 20,26...).

Recurre también el NT al término *douleío*. Esa palabra es más fuerte y conecta el servicio con la esclavitud, puesto que *douleío* significa el servicio del esclavo (Col 4,7). Jesús afirma: *el que quiera ser el primero en la comunidad que sea el esclavo de todos* (Mt 20,27). El esclavo, como el servidor laico, es una persona que no se pertenece a sí misma, sino a quienes sirve en su ministerio.

Lo que define la espiritualidad del laico en general, y no sólo la del laico-ministro, es la orientación hacia el servicio, el sentirse servidor y esclavo para bien de los demás, en particular de los más pobres y marginados que son los más necesitados de ayuda, servicio y protección. Muchos grupos en la Iglesia padecen crisis por el afán del protagonismo de los líderes. Su apego al mando y su tendencia al exhibicionismo echa a perder sus esfuerzos y buenos propósitos. Evidentemente actúan en las antípodas de lo que supone un ministerio eclesial genuino.

Una Iglesia que favorece y vive los ministerios laicales ofrece nuevos horizontes a las comunidades y colabora en la maduración del laicado cristiano. Abre surcos de novedad y fecundidad. Supone una alternativa a muchas realidades caducas y que deben cambiar. Por ejemplo, una alternativa al protagonismo exclusivo del ministerio clerical. Los ministros ordenados comparten tareas y responsabilidades con los no ordenados, con lo cual la Iglesia ofrece un rostro más abierto y encarnado en la vida.

Una alternativa al ministerio ordenado que se concentra en los ámbitos más litúrgicos y relacionados con la palabra, pero que deja en la penumbra tantos aspectos de la vida humana en los que se necesita a personas que amen y sirvan a los mal vistos, a los pobres y a los sin voz. Una alternativa que escapa de los parámetros burocráticos, de los organigramas rígidos. Una alternativa al lastre de los títulos, el afán de carrerismo, los honores mundanos, la cercanía a los poderosos. Un servicio humilde y desinteresado.

Una alternativa a la separación radical que vige entre el campo político y el de la fe. Precisamente la política debe entrar en contacto con la fe para transformarse y humanizarse. Mientras que la fe necesita introducirse en la sociedad y la política para actuar como levadura. Una alternativa a un ministerio casi exclusivamente masculino al que le pasan desapercibidos aspectos de la relación personal, que actúa con poca delicadeza y afronta la moral y la pastoral sin tener en consideración la perspectiva femenina.

D. LA ESPIRITUALIDAD LAICAL

Dios se encarna en el mundo, pero no se disuelve en él. De igual modo el cristiano debe sumergirse en la sociedad y no rehuir sus problemas, aunque guardando las debidas distancias para no perder su identidad. Tiene una aportación específica que hacer y el encargo de actuar como levadura en la masa. Mientras no sea asumido enteramente por Cristo y presentado a Dios Padre -que al final será todo en todos- se le encomienda la tarea de construir el Reino a su alrededor.

Los carismas de la Iglesia cubren un amplio margen: por una parte afirman el mundo y, por la otra, se distancian del mundo. El cristianismo es polifónico. Dice sí a la pobreza, a la castidad y a la obediencia, pero no renuncia al quehacer político, al amor conyugal, a la cultura ni a los derechos humanos. Sabe situarse en el punto más álgido de la tensión. El laico se sumerge en la realidad secular sin romper el cordón umbilical de las cosas con Dios

La espiritualidad tiene sus urgencias y sus puntos relevantes. Su referencia es el Espíritu y no el concepto de inmaterialidad o atemporalidad. Favorece la interioridad y una ascesis que exige la misma profesión, la convivencia. Quiere ser honrado. Mantiene el poder a raya, para no someterse a él ni idolatrarlo. El laico, por serlo, debe valorar adecuadamente la dimensión sexual de la persona, evangelizar el poder, relativizar a la Iglesia cuando sucumbe a la tentación de convertirse en fin.

Los ministerios no son sólo para unos pocos cristianos escogidos, sino para todos. Requieren de la creatividad y la libertad de los laicos. El fundamento es claro: el bautismo con sus implicaciones. El bautismo y la confirmación que impulsa a buscar una mayor justicia. La espiritualidad con la que el laico vive los ministerios es, obviamente la del servicio.

Religiosos y laicos podrían escribir una historia de encuentros y desencuentros. A la postre forman parte de una misma historia de salvación y de una misma Iglesia y la única manera de ser fieles a este hecho consiste en complementarse en cuanto a sus diversas vocaciones misioneras. Desde el testimonio el religioso y desde la secularidad el laico.

Entre las numerosas familias espirituales que acogen a religiosos y laicos está la de los Misioneros de los SS. Corazones. Fundada por el P. Joaquim Rosselló, tiene algo que decir en el concierto polifónico de los carismas eclesiales. Los Laicos y Misioneros agrupados en este carisma común quieren anunciar los aspectos más cordiales del evangelio, estimular la fraternidad y vivir con criterios de misericordia.

I. Afirmación y negación del mundo

Nuestro mundo ha hecho un larguísimo y trabajoso recorrido a lo largo de su evolución. Primero apareció la materia inerte. Tras millones de años se abrió camino la vida, la cual muy lentamente fue concentrándose en la inteligencia. Luego pareció ir a la búsqueda de un punto que trasciende al propio ser humano. Materia, vida, inteligencia... el largo camino acaba en Cristo. El amplio recorrido era necesario para que apareciera el perfil del Jesús, recapitulador de la humanidad, su mejor fruto, a la vez que el don más significativo de la divinidad.

Desde esta solemne perspectiva desarrollada por Teilhard de Chardin aparece en toda su luminosidad la afirmación evangélica: *tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo único* (Jn 3,16). Si Dios ama al mundo, el cristiano no puede dejar de amarlo. Aunque es cierto que algunos de sus valores son ambiguos y tienden a la idolatría, a confundir los medios con los fines. La espiritualidad laical toma en consideración ambos polos. Sabe que el Verbo se encarnó en el mundo, pero que también fue expulsado (crucificado) de él

1. Estar en el mundo sin ser del mundo.

Dios actúa en el interior del mundo, lo transforma desde dentro, lo conduce hacia la perfecta liberación (Rom 8,18-25) porque todo encuentra su plena consistencia en Cristo. El es el primogénito de la creación (Col 1,15-20). El larguísimo camino de las cosas tiende hacia Cristo, hacia Dios, de la misma manera que antes buscó la vida y la inteligencia.

Un tal modo de pensar tiene su punto de partida en Teilhard y numerosos teólogos se remiten a él. No existen dos historias, una profana y otra sagrada, sino solamente una historia que es la del cosmos en el cual se halla la humanidad. Estos planteamientos son admitidos normalmente sin mayor resistencia, pero no penetran en profundidad la práctica ni la espiritualidad de los fieles cristianos. Es una lástima, pues por ahí se descubrirá la genuina espiritualidad laical, espiritualidad secular, de encarnación.

Dios se hace mundo, pero no se disuelve en el mundo. Se abaja para morar en el mundo, pero para elevarlo e incorporarlo a su misterio (Cristo). Dado que la Iglesia tiene como misión continuar la obra de Cristo en el tiempo, ella hunde las raíces de su misión en el misterio del Verbo encarnado. Apunta hacia el término, cuando Dios sea todo en todos, pero mientras tanto tiene que vérselas con la transformación del mundo. Precisamente para que un día pueda ser recapitulado en Cristo y presentado a Dios Padre.

Consecuencia de lo dicho es que la vida de cada cristiano encuentra su punto de referencia en este misterio de progreso y consumación en Dios. Esto tiene graves implicaciones, pues significa que no hay vida cristiana donde no se afirma el mundo creado, amado y redimido por Dios. No hay vida cristiana al margen de la tierra que uno pisa, del aire que respira, de la familia que le envuelve, de la sociedad en la que se desarrolla, de la cultura que asimila, del futuro que espera. El que huya del mundo por despecho o menosprecio está negando su fe cristiana

La obra de la Iglesia es polifónica, no monocorde. Los carismas se polarizan - aunque no de modo exclusivo ni geométrico- en los dos polos: la afirmación del mundo, por una parte, y el distanciamiento del mundo, por la otra. Quien se entrega en cuerpo y alma a la cultura, a la medicina, al sindicato, a la maternidad, al quehacer político, está reconociendo la consistencia del mundo y afirmando sus derechos. Quien se consagra a la oración, vive los valores de una fraternidad evangélica, se entrega al bien del prójimo con

las actitudes de pobreza, castidad y obediencia, se sitúa en el otro polo (también necesario) del distanciamiento del mundo.

La tensión es inevitable, como acontece en tantos otros campos: día y noche, varón y mujer, fe y obras, don y tarea, dolor y placer... La vida humana es limitada y se mueve justamente en la tensión entre extremos. Pues bien, esta misma vida humana, cuando se inclina con cariño hacia las realizaciones más seculares, prolonga la obra creadora de Dios en el mundo. Pero parece dejar en la sombra que Dios es más grande que las cosas y que las trasciende.

El laico se polariza en torno a la realidad secular, como insiste el Vaticano II y otros documentos del magisterio. La vida consagrada se estructura alrededor de los elementos del otro polo: oración, comunidad de vida y de bienes, disponibilidad para el servicio, etc.). La renuncia a determinadas opciones (economía, sexualidad, libertad personal) le posibilitan esta vida más distanciada de las realidades seculares.

El cristiano laico centra su vida en el matrimonio, la familia, la profesión, la acción social o política, la cultura, la investigación, etc. En este ámbito suele tener un papel primordial la dimensión sexual, el placer, el goce de la vida. Dice que sí, sin equívocos, a este mundo: al cuerpo, a lo terreno, a lo vital.

Dios ha afirmado y dado consistencia a nuestro mundo, Pero la consumación es don de Dios, no se origina en las mismas realidades seculares. El éxito de la historia no puede fundamentarse en el exclusivo esfuerzo humano. La bondad de las cosas fácilmente tiende a sobreponerse a la bondad única y soberana del Creador.

El laico no se aleja de la realidad secular, es fiel al dinamismo de la cultura, la economía, la sexualidad... pero discerniendo cuándo estos valores pretenden hacerse autónomos o soberanos y cuando impiden la comunión última con Dios. Sumergido en el ámbito secular, el cristiano vive en cierto modo como a contracorriente, denuncia los pseudovalores del mundo.

Es decir, protesta cuando se impone la equivalencia entre abundancia de dinero y valor personal. O cuando el enfermo y el pobre son menospreciados porque no producen. El laico denuncia las pretensiones absolutistas del mercado. No permite que unas leyes económicas se sobrepongan a las personas que son imagen de Dios. No considera neutrales las cosas que suceden en la sociedad y levanta su voz para denunciarlas cuando contradicen los valores evangélicos. No está de acuerdo en recurrir a la falsa solución de añadir un suplemento de culto para cristificar la vida. Ello implicaría más bien el divorcio entre fe y vida.

2. Urgencias y perspectivas de la espiritualidad laical

a) Vivir cristiana y espiritualmente. Espiritualidad procede de la Palabra Espíritu en mayúscula. Caeríamos en el error al contraponer la espiritualidad a la materialidad o a la temporalidad. Precisamente es en la materia y el tiempo donde el Espíritu inspira y el ser humano madura. No disponemos de otras coordenadas.

Por lo demás, las obras de misericordia son muy materiales: dar de comer, de beber, enterrar a los muertos.... La vida de amor, de esperanza y de caridad, traducida a las circunstancias cotidianas, que implican necesariamente el espacio, el tiempo y la materia:

esto es la espiritualidad. El reposo, el placer, y la misma sexualidad pueden ser muy espirituales.

Por supuesto que algunos elementos de vida cristiana son comunes al laico y al consagrado. Por ejemplo, la oración. Tendrá distintos acentos, pero en ambos casos se tratará de comunicarse con Dios de modo explícito. La opción por los pobres debe ser también preocupación común para unos y para otros, aunque con diversas derivaciones.

Los laicos darán un toque peculiar a su actuación. Su oración, por ejemplo, será más cercana a la tarea cotidiana, adoptará ritmos más flexibles. Su ascesis se basará sobre todo en el desempeño correcto de las tareas a realizar, en la actualización de los conocimientos profesionales, la responsabilidad en la vida familiar, la integración de lo social y político a la vida personal. En la liturgia y los grupos dará un toque típicamente laical a un culto y un estilo quizás excesivamente clerical y de espaldas a la realidad cotidiana.

b) Reconciliarse con el poder. Urge reconciliarse con el poder que es un medio necesario y apto para testimoniar el Reino. Nos referimos a un poder limpiamente alcanzado y que tiene la clara voluntad de servir. Sin una dosis mínima de recursos (poder) difícilmente se incide en la sociedad. El mismo Jesús tenía el poder de su liderazgo, la capacidad de curar al enfermo y de su gran humanidad. En un segundo momento habrá que tomar en consideración su peligrosidad, pero no desecharlo de antemano.

¿No es tarea del cristiano -y por ello no puede renunciar sin más a ello- ordenar de verdad la política al bien común y no supeditarla a intereses grupales? ¿No es competencia suya estimular el cambio social de manera que no se solidifiquen los malos hábitos tradicionales? Hay que intentar que los poderosos no estén siempre en el vértice y los humildes sean presa de la desesperanza. Urge que la economía tenga en cuenta la dimensión integral de la persona, que se ponga a su servicio. Si desechan el poder los que no transigen con las injusticias, otros lo tomarán con nefastas consecuencias.

c) Reconciliarse con la sexualidad y el placer. No deben ser éstos planteados una y otra vez como mero hecho moral. La sexualidad es un valor humano, que ayuda grandemente a la convivencia, que otorga sentido, capaz de poner en cierto modo la ternura de Dios al alcance de la persona. Hecho ambiguo el de la sexualidad, sujeto a numerosos malentendidos por exceso o por defecto. Requiere de una clarificación profunda. Pero muy valioso y si a alguien le corresponde ser experto en estos terrenos es al laico. Con su palabra y testimonio enseñará aquello de Pablo: *el cuerpo... para el Señor, y el Señor para el cuerpo* (1Cor 6,13).

Decimos una y otra vez que el cristianismo está a favor de la vida, que Jesús ha resucitado y ello demuestra nuestra orientación última hacia todo lo que es bello, verdadero y vital. Pero la verdad es que damos bastantes argumentos a aquellos que, como Nietzsche, alegan que otra cara debiéramos poner los cristianos para demostrar que estamos redimidos y resucitados. No hay que perder de vista que Jesús estuvo presente en banquetes de boda, en comidas de amistad, demostró repetidamente su amabilidad y cercanía.

Una actitud que rechazara el gozo del abrazo, de la sobremesa, de la alimentación, de la convivencia, de la belleza artística... demostraría no haber comprendido la redención. La *apatheia* (insensibilidad) de los griegos no es virtud cristiana, como no se debe confundir la frigidez con la castidad, ni el malhumor con la seriedad. Mucho menos habría que pensar, como ha escrito Leon Bloy, que algunos creen amar a Dios porque no aman a nadie. Es terrible lo que Voltaire escribió de los religiosos: *se juntan sin conocerse, conviven sin quererse y mueren sin llorarse*. Ojalá que la razón no le asista.

d) *Evitar el narcisismo eclesial*. La Iglesia existe para el servicio, para la misión en general. El día que dejara de ser misionera certificaría su propia defunción. La EN insiste en que misión e Iglesia caminan estrechamente unidas. Entonces está fuera de lugar el *eclesiocentrismo*, es decir, la pretensión de que la Iglesia sea siempre protagonista. El servidor no tiene por qué ser el primero. La Iglesia no existe para sí misma.

Las energías que se dediquen a su estructuración, a la convivencia entre los fieles, etc. deben tener como telón de fondo la misión. Después de todo fue el mismo Concilio quien dijo que la Iglesia es signo e instrumento del Reino. El signo refleja la realidad que simboliza y el instrumento es un medio para el fin. En efecto, la Iglesia es un medio -muy importante, claro está-, pero no un fin. Convertir los medios en fines es lo típico de la idolatría. El Concilio la definió como signo e instrumento del Reino. Si es signo remite a otra realidad. Si es instrumento, es un medio.

Las energías de los laicos no deben canalizarse casi en exclusiva hacia el interior de la Iglesia. Se hace necesario que se apliquen a las realidades extraeclesiales donde se juega el porvenir de la fe y su incidencia en la sociedad. El laico no se conformará, en todo caso, con los servicios intraeclesiales, pues es específico de su vocación la secularidad. Tarea suya es la política, la universidad, la cultura, la familia, la escuela, los medios de comunicación. En estos campos deberá hacer oír su voz profética y mostrar el necesario discernimiento. Se ha llamado a la Iglesia *experta en humanidad* (Pablo VI) lo cual tiene que traducirse a la práctica.

3. Claves y acentos de la espiritualidad laical

a) *Convencer mejor que vencer*. No se acierta cuando se pretende que la presencia pública de los cristianos discurra por los cauces del poder. La imposición nada consigue, a no ser el rechazo y la mala imagen. Sobre todo cuando la secularización ya es hecho indiscutible en la sociedad y cuando no se acepta poner en discusión la autonomía de las instituciones, hechos y valores sociales. Es el momento del testimonio, de actuar como levadura silenciosa en la masa. Claro que esta actitud requiere despojarse de todo interés y de todo poder. Habrá que construir el Reino con el trabajo humilde y silencioso, desde la base, sin pretender privilegios de ninguna clase. Las estructuras ya no soportarán, por lo demás, al creyente. Tendrá que apelar a la mística, al entusiasmo, quizás a los pequeños grupos, pero ya no a los soportes de carácter sociológico.

b) *Acompañar más que adoctrinar*. La tarea evangelizadora de la sociedad la llevarán a cabo los laicos o sencillamente dejará de realizarse. La mentalidad actual ve con recelo a los protagonistas que vienen de fuera y tratan de aplicar recetas. El laico, sumergido en la sociedad, sus expectativas y su problemática, será aceptado por sus compañeros de camino, pero difícilmente encontrará receptividad el que viene de otros ámbitos y con afán de *convertir* al prójimo. Antes de adoctrinar -si es que la expresión es válida- se hace imprescindible el acompañar. EL ejemplo podemos hallarlo en Jesús resucitado que hace conjuntamente el camino con los de Emaús.

c) *Unir más que separar*. El peligro se halla en la distinción radical entre el compromiso temporal y la celebración cultural. ¿Inmanencia o trascendencia? ¿Dios o el mundo? ¿Orar y recibir los sacramentos o dar testimonio y transformar la realidad? Más que nunca se necesitan ambos polos. Observar la inmanencia con mirada trascendente. Constatar que Dios se encarna en el mundo. Ser conscientes de que la oración es la energía que ayuda a cambiar la realidad o, si se prefiere, la expresión de los propósitos a los que seguirá la acción. La actitud simbólica sabe unir los extremos. El símbolo (*sym-bolos*), en

efecto, tiene la capacidad de asociar ideas y hechos. En cambio la actitud diabólica (*diabolos*) es lo que separa: a Dios del mundo, a los sacramentos de los hechos, al más acá del más allá.

Una vez aceptado que es mejor convencer que vencer, acompañar que adoctrina y unir que separar, es justo que nos preguntemos con qué acentos y actitudes hay que obrar en favor de tales objetivos y criterios. He aquí algunos.

a) *Apasionados por el Reino*. El Reino es como un tesoro escondido en el campo. El que lo encuentra se llena de alegría, vende todo lo que tiene y lo compra. Sin el apasionamiento por las causas de Jesús no se llega lejos. Dado que los valores del mundo son tan seductores, el seguimiento de Jesús sólo resultará posible si lo alimenta una fuerte carga mística. Mística, ilusión, deseo, expectativa. La mística será de mucha más utilidad que la ascética. Esta se relaciona con el empeño voluntarista, la aceptación del esfuerzo y el sacrificio. Pero es sabido que por ilusión o por amor una persona es capaz de los más grandes sacrificios sin considerarlos tales (una madre al pie de la cama de su hijo, un enamorado en busca de su enamorada). Mientras que el esfuerzo y el empeño a la larga no suelen ser solventes.

b) *Amor entrañable al mundo*. Entendamos por mundo el escenario en el que nos movemos: el paisaje, los inventos humanos, el progreso, la cultura, el estilo de convivencia... La misión del cristiano no consiste en dar oro y plata (Cf Hech 3,1ss), sino en trabajar para que las personas se pongan de pie y caminen por su cuenta. Al laico compete de modo particular amar con ternura y hasta con pasión el mundo en que se mueve. No cerrando los ojos a las ambigüedades e idolatrías, pero tampoco recelando por principio de su belleza y sus valores.

c) *No avasallar, pero sí confesar*. Los laicos deben asegurar su identidad cristiana. Son la sal que se degrada si pierde su identidad. Es necesaria una presencia pública que proclame con palabras, gestos y obras la novedad del evangelio y la fraternidad del Reino. La luz está hecha para iluminar. El silencio vergonzante nada tiene que ver con el testimonio humilde. La propia experiencia debe ser ofrecida con humildad y respeto, pero también con valentía y talante gratuito. La actitud dialogante con está reñida con la firmeza de la propia confesión de fe.

d) *Escrutar los signos de los tiempos*. La contemplación en la historia es una tarea de la que no puede evadirse el cristiano de nuestros días. Y si contempla se revestirá de audacia, no le temerá a la creatividad. Resulta más llevadero nadar a favor de la corriente, dejarse arrullar por las ideologías dominantes y por los criterios comunes. Sin embargo, es de todo punto necesario el análisis de la situación, de una buena dosis de inquietud en el decidir y de firmeza en el actuar. Cualquier actuación implica riesgos, pero el mayor error es no arriesgarse cuando las circunstancias lo exigen. La parábola de los talentos condena al siervo prudente que simplemente se preocupa de poner a buen recaudo la riqueza que le ha sido confiada.

e) *Formarse para dar la talla*. La tarea típica del laicado es compleja. La debe llevar a cabo en una sociedad donde se han explorado todos los criterios y posibilidades. Muchos están ya de vuelta. Al cristiano se le pide que dé razón de sus convicciones. Es justo que profundice las exigencias de la auténtica moral (no infantilista ni legalista), que tome conciencia de la importancia del diálogo y el ecumenismo en un mundo plural. No puede pasarle por alto que el Reino tiene una dimensión vertical hacia el Padre (Abbá) y otra

horizontal hacia el prójimo (hermano). Importa que huya de toda confusión, de manera que no es tan urgente hablar de Dios cuanto saber de qué Dios se habla.

II. Religiosos y Laicos. La espiritualidad del corazón

En los últimos lustros se ha dado el fenómeno, bastante frecuente y extendido (por más que minoritario) de que algunos laicos se han acercado a la vida religiosa y han solicitado participar en el carisma, la misión e incluso en la vida y estructura de sus congregaciones. Por otra parte bastantes congregaciones y Ordenes religiosas estaban deseosas de compartir su espiritualidad con los laicos que se movían a su alrededor. Ya fuera con personas que trabajaban en una tarea común (colegio, parroquia, misión...), con las que estaban vinculadas por amistad o parentesco o con las que manifestaban alguna afinidad

Dado que la comunicación y cercanía entre laicos y religiosas se había incrementado, era previsible que se dieran estos pasos. El hecho interpela a unos y a otros. También a los Misioneros y Laicos Misioneros de los SS. Corazones. Es el momento de saber escrutar los signos de los tiempos y sacar las correspondientes consecuencias.

1. Una historia y un aprendizaje

Un número notable de institutos religiosos han nacido, a lo largo de la historia, de agrupaciones de laicos. Cristianos de vida común, dirigidos por un líder carismático, quisieron responder a algún desafío detectado en la Iglesia. Se unen, oran y organizan para que su actuación sea efectiva y duradera. En un segundo momento, por diversas causas, el grupo cree que la obra ganaría en estabilidad y eficacia si se convirtiera en Instituto de vida consagrada. Tal ha sido el origen de algunas Ordenes y de bastantes Congregaciones del siglo XIX.

La espiritualidad laical originaria sigue latiendo en el grupo que ahora tiene un nuevo estatuto. Pero el paso del tiempo se clericalizaron y consiguientemente se alejaron del contacto con los laicos. Los laicos encontraron menos espacio en sus obras y si estaban presentes era sólo como destinatarios de su misión.

Siguieron pasando los años, cambiaron las sensibilidades, las necesidades y las circunstancias. Dado que los religiosos se habían separado tanto de la vida corriente de los laicos recurrieron de nuevo a ellos para llegar a los rincones donde no podían. Se les consideraba como el brazo largo de los religiosos. Se unían a los religiosos en las grandes festividades, se les agradecía su colaboración, sus aportaciones económicas. En ocasiones surgían asociaciones con algunos vínculos jurídicos y hasta afectivos. No obstante, seguían sin ser considerados en pie de igualdad.

El Concilio Vaticano II ratificó que la Iglesia respiraba ya en muchas geografías - especialmente en el centro de Europa- un clima nuevo. Consideraba como propias las penas y alegrías, los gozos y las esperanzas de la humanidad (GS). Los religiosos tenían, pues, nuevos argumentos para aproximarse a los cristianos laicos que viven a su alrededor ofreciéndoles compartir su espiritualidad y misión. Por otra parte, los religiosos están en misión, como la Iglesia misma. No pueden contentarse con vivir una espiritualidad de modo aislado, sino que tenderán a ofrecerla a otros, a compartirla. Después de todo los carismas se reciben, por definición, para servicio del entero pueblo de Dios.

El mismo Concilio impulsó a los laicos a vivir su vocación, su consagración, su misión, su carisma, su espiritualidad propia. Si los religiosos estaban llamados a la misión y los laicos a vivir a fondo los carismas eclesiales era previsible que la espiritualidad de los religiosos alimentara también la vida de los laicos. Por supuesto, a las circunstancias de la laico, a sus circunstancias, al ambiente secular en que se mueve.

La vocación fundamental de los miembros todos en la Iglesia es común: seguir a Jesucristo, actuar como sacerdotes, profetas y reyes, llevar a cabo una misión. En este amplio marco podían moverse los religiosos y los laicos. El acercamiento reavivaba el carisma fundacional de los religiosos, que ahora adquiría nuevos matices y se vivía en dimensiones un tanto inéditas.

Otro beneficio se producía con todo ello. El laico se vinculaba más con con el religioso, haciéndole sentir Iglesia de modo palpable. Laicos y religiosos se enriquecían al contacto con nuevas perspectivas y desafíos. Sin perder identidad podían trabajar, en ocasiones, en una mayor cercanía, lo cual favorecía a la vez que el afecto circulara con mayor fluidez.

Motivos para un acercamiento entre religiosos y laicos los hay muchos y variados: intensificar una eclesiología de comunión, colaboración con ministerios laicales, la nueva evangelización, una misma espiritualidad que toma acentos seculares... Pero destaquemos algunas de estas motivaciones.

a) *El apoyo de un carisma vivido en común.* Nuestra sociedad no proporciona ya, debido a la fuerte secularización, la estructura por donde pueda discurrir una vida cristiana, no ofrece soportes que sostengan la fe del creyente. Un carisma vivido en familia, en comunidad, experimentando el afecto y la cercanía humana, supone un gran estímulo de cara a la continuidad.

b) *La fecundidad del carisma.* Los religiosos permanecen abiertos a vivir juntamente con otros su carisma fundacional. Parece claro que el carisma vivido por un laico y por un religioso, por un varón y una mujer, un joven y un adulto, hacia el interior o hacia el exterior de la Iglesia, en múltiples y diversas circunstancias culturales, adquiere nuevas perspectivas y matices. Se hace más fecundo.

c) *Los laicos y el futuro.* La misión de la Iglesia es tarea de cada uno de sus miembros y numéricamente los laicos son mayoría obvia. Ellos, por otra parte, han sido invitados a recuperar espacios perdidos a propósito de la eclesiología conciliar. Esta circunstancia y el hecho innegable de que los religiosos disminuyen (aunque sería ofensivo argumentar sólo a partir de este dato) invita a que la misión y la espiritualidad cristiana específica sean vividas por religiosos y laicos de modo simultáneo.

d) *El protagonismo del laico.* Al laico se le asigna la gestión de los asuntos temporales con los criterios de la buena nueva, de las bienaventuranzas, aunque no sea de modo exclusivo ni excluyente. Ellos deben sumergirse en la familia, la cultura, la política con la misión de transformar el mundo y sus estructuras. Es un signo de los tiempos que el laicado tome conciencia de su protagonismo y misión. Los laicos no están al servicio de la jerarquía ni de los religiosos, sino más bien al contrario: los ministros ordenados coordinan, impulsan y animan la tarea de consagración del mundo. El estado laical es el modo común y ordinario de vivir el evangelio.

La participación en una misma familia espiritual ofrece muchas posibilidades, aunque no está exenta de dificultades. La relación del religioso/a con el laico no equivale a la del que manda respecto del que le está sometido. El modelo bien pudiera ser la que se da

entre miembros de una familia: relación madura y adulta en la que unas veces se da y otras se recibe. Por supuesto, es más adecuado el modelo circular que el piramidal. Como en toda familia, alguien debe ponerse al frente, pero evitando toda tentación de protagonismo.

2. Laicos y presbíteros Misioneros de los SS. Corazones

Cada familia religiosa tiene su propia espiritualidad. De otro modo ni siquiera se justificaría su existencia. Una espiritualidad propia supone que una persona o un colectivo leen el evangelio desde su perspectiva singular. Su talante, su sensibilidad, su carácter, las necesidades del entorno, las experiencias vividas le llevan a fijarse más en unos datos, textos o vivencias que en otros. Todos leen el mismo evangelio, pero los subrayados son muy distintos.

Es muy legítimo que tal suceda, pues nadie es capaz de abarcar la amplia gama de la espiritualidad cristiana ni de reproducir los múltiples acentos de la riqueza que manifestó Jesús en su vida mortal. Ciertamente que no se debe excluir ningún elemento esencial de la revelación cristiana, pero sí cabe enfatizar uno más que otro. La exclusión hace herejes o fanáticos. El subrayado otorga un perfil propio en el interior de la comunidad.

En el inicio de una espiritualidad solemos encontrar a un personaje, de fuerte personalidad, que atrae a otros y conforma un grupo eclesial. Así en las Ordenes y Congregaciones de la Iglesia, así en la Congregación de Misioneros SS. CC. Esta personalidad responde al nombre de Joaquín Rosselló que fundó la Congregación de los Misioneros de los SS. Corazones de Jesús y María (Mallorca).

El fundador nació el 28 de junio de 1833 en Mallorca y murió el 20 de diciembre de 1909. Su perfil remite a una infancia movida por el instinto de Dios, a una juventud piadosa, apostólicamente inquieta y generosa. A una madurez en la que engendra una Congregación dotada de la espiritualidad de los SS. Corazones, a la que transmite el gusto de la soledad, a la vez que el afán de trabajar por el Reino de Dios. A lo largo de su vida religiosa y apostólica desarrolla un poderoso carisma de dirección espiritual. Su palabra sencilla y convencida es apreciada y de muy buena gana recibida. Clérigos de gran talla espiritual acuden a él en busca de aliento y discernimiento.

El P. Joaquín Rosselló pasó inadvertido en el ámbito de la política, de la ciencia o la literatura. Ni por su cultura ni por su capacidad de mover los hilos de la convivencia ciudadana logró una especial relevancia. Es su irradiación espiritual lo que provoca un consenso de estimación y respeto. Al fundador de los Misioneros SS. CC. hay que agradecer intuiciones válidas y actuaciones destacadas en orden a restablecer la predicación en una época en que languidecía. Su inquietud apostólica rompió muchos moldes y rutinas.

Desde los orígenes se dieron numerosas y pujantes asociaciones en la Congregación. La casa de los SS, Corazones de Palma ha sido testigo de la formación recibida por muchos de sus miembros, así como de los buenos frutos que cosecharon. Ya celebrado el Concilio, con un nuevo clima y perspectiva, algunos grupos, como el de la parroquia Santiago Apóstol, en Bayamón, se adaptaron a lo que exigían los signos de los tiempos

Mientras no surjan más precisas informaciones parece que la primera célula de Laicos Misioneros de carácter postconciliar, con el fin de vivir la misma espiritualidad y tener un marco de referencia común en la misión, aunque con diversos acentos y matices, cristalizó en la parroquia de Sta. Rosa de Lima (Sto. Domingo, RD), a mitad de la década de los ochenta, siendo Superior General el P. Aznárez. El grupo fue creciendo y estructurándose.

Habría que esperar el capítulo del año 1993 para que las cosas se formalizaran. El documento reconocía: *somos conscientes que hemos entrado en una nueva dimensión de nuestro carisma. Nuestros laicos MM. SS. CC. son un precioso don del Espíritu Santo.* En el capítulo del año 1999 ya la orientación estaba tomada desde años atrás. Por eso el informe del Superior General decía *que ya no es opinable en la Congregación la promoción, el acompañamiento y, muy en breve, la colaboración organizada en nuestros ministerios de los Laicos Misioneros... Hoy es una urgencia inaplazable.*

El capítulo del año 1993 definía los rasgos básicos de los Laicos Misioneros: *son cristianos que reconocen haber recibido, entre los dones del Corazón de Jesús, la vocación laical y el conocimiento de nuestro carisma congregacional. En una Iglesia, todavía marcada por diferencias y categorías, subrayan la dignidad de la consagración bautismal, que a todos -varones y mujeres- nos hace radicalmente iguales, participantes del mismo sacerdocio, realeza y profetismo de Cristo. Quieren responder a la invitación de trabajar en la viña del Señor, que es el mundo entero. Se definen Misioneros Laicos de los SS. Corazones, contemplativos y servidores del Traspasado en los traspasados, misioneros del Amor de Dios, constructores de la Civilización del Amor, que consiste en el Reinado del Corazón de Cristo.*

Ante la repetida objeción de que se ponía en marcha un grupo más, respondía el capítulo de 1999: *Los Laicos y Laicas Misioneros de los SS. CC. no son un movimiento ni un grupo más. Son el desarrollo de nuestro carisma en el seno de cada Iglesia local.* Quedaba clara la vocación de vivir la fe en el ámbito de la Iglesia local, impulsando sus iniciativas. Una espiritualidad diferenciada, dentro de los rasgos cristianos comunes, pero con la encomienda clara de unir a los miembros de la comunidad local y de trabajar estrechamente con los agentes de pastoral encargados.

3. La buena nueva en clave cordial.

Entre las numerosas familias que se mueven por un estilo y un carisma peculiar en la Iglesia de Dios está la de los Misioneros de los SS. Corazones. Es muy normal y legítima la existencia de una amplia gama de carismas, dado que cada grupo y cada persona leen el evangelio desde una perspectiva propia. De acuerdo a su sensibilidad, su carácter, su educación, las necesidades del momento, los signos de los tiempos. Es de esperar que al leer los evangelios cada uno subrayará unas frases y actitudes, mientras que apenas reparará en otras.

Es legítimo que suceda así, pues nadie puede pretender abarcar la totalidad de los ricos y diversos matices de la buena nueva con igual intensidad. Ciertamente que una cosa es subrayar y otra excluir. No sería justo ignorar datos de lo que Jesucristo ha venido a decirnos. Cuando se deja en la sombra parte de una afirmación estamos al borde de la herejía y de la mentira. La herejía no es lo contrario a la verdad, sino una deformación de la misma. Una verdad que se ha vuelto loca, según se ha dicho.

En este sentido no hay que negar nada de lo que se halla en el NT. De manera que no es lícito excluir, pero sí subrayar. Además, lo que no hace una persona o un colectivo, lo hace otro. En este sentido hay que ser abiertos, ecuménicos, saber que las diversas espiritualidades se complementan. Unas quieren reproducir la actividad de Jesús en medio del gentío, otras prefieren enfatizar su misericordia y acogida o contemplar a Jesús subiendo al monte para orar. El título de la Congregación nos orienta hacia sus objetivos su estilo de vida.

Misioneros: las buenas noticias hay que extenderlas. Se saborean mejor si no se mantienen a buen recaudo. El gozo es expansivo de por sí, necesita comunicarse. El secreto del sentido de la vida es una buena noticia que no debe guardarse bajo la mesa. Cuando las buenas noticias no se comunican se cubren de ceniza y acaban apagándose. La Iglesia entera es misionera, para esta tarea vive y existe, ella le otorga sentido. Está ahí para anunciar y para congregar a los hermanos. Somos llamados a ser hijos de la luz, pero con la astucia de los hijos de las tinieblas.

Laicos: todos los fieles cristianos son laicos: pertenecen al pueblo de Dios. En ello radica la dignidad y la identidad fundamental de todo cristiano. En un momento ulterior habrá que articularse y optar por un estilo concreto de ser cristiano: aparecerán los ministerios ordenados y la vida consagrada. En este sentido los laicos son los que no están ordenados y no son religiosos. Pero tales especificaciones son posteriores. La jerarquía se justifica en cuanto sirve y está en función del pueblo, no a la inversa. Los laicos se santifican como laicos. Su tarea consiste básicamente en actuar como levadura transformadora de la familia, la política, el trabajo, la cultura... El estilo laical es el modo normal y mayoritario de ser cristiano.

SS. Corazones: El corazón es símbolo de interioridad y de profundidad. Hablamos de algo que trasciende el órgano musculoso que sostiene la vida, cuyos latidos marcan la intensidad de los sentimientos que exaltan a la persona. Básicamente entendemos el corazón como la profundidad de la persona, su centro simbólico, de donde surgen los sentimientos, se enraízan las opciones y se nutren las más comprometidas decisiones. También el corazón es símbolo de afecto. Al respecto cabe decir que la persona se mueve por la vida con dos brújulas: la razón y el corazón. Con esta última -que usa mucho más, por cierto- va a la búsqueda de la ternura y ve cosas que, como se ha dicho, resultan invisibles a los ojos.

Los Laicos Misioneros de los SS. Corazones ponen en primer plano unos valores.

Espiritualidad del corazón. Jesús, en sus frecuentes discusiones con los fariseos, realza la actitud fundamental del cristiano: mantener un corazón limpio, una mirada transparente. Entonces las opciones, los gestos externos serán buenos. Porque, a la manera que un árbol bueno da frutos buenos, también de un corazón limpio surgen buenos deseos, opciones comprometidas y hechos positivos. Las bienaventuranzas constituyen los mejores puntos de referencia para el creyente. Nos hablan de ser, más que de hacer o tener. Son un camino sin tope.

La contemplación. Hay que contemplar, como María, que guardaba los misterios en su corazón. No podemos vivir extrovertidos, de aquí para allá, sin ton ni son. Ante todo tenemos que saber lo que queremos, y lo sabremos al contemplar. Contemplando la fuente de todo bien: Dios y su Hijo Jesús. Contemplando los evangelios que nos desmenuzan la Palabra revelada. Contemplando la naturaleza, el escenario donde Dios nos puso y que se expresa de mil maneras. Contemplando la historia que vivimos, los hechos que acontecen. nos capacitaremos para interpretar los signos de los tiempos. Así nos empaparemos del amor, la voluntad de Dios, de los criterios y sentimientos de Jesús. Y seremos capaces de irradiarlos a nuestro alrededor.

Servir al Traspasado en los traspasados. Jesús fue traspasado en la cruz. Dios no se pone de parte del dinero, la inteligencia, la belleza, sino de las víctimas. Bien lo constatamos en el viernes santo en esta solemne estampa del monte Calvario. El está de parte de la justicia y de la verdad. Si nosotros reproducimos las actitudes de Jesús también nos pondremos a servir a los traspasados de este mundo, aquellos a quienes les han

atravesado el costado a fuerza de injusticias y humillaciones. Los que no tienen comida, salud, dinero ni futuro. Los grupos marginados... Hay que trabajar por esta causa. Hay que tener criterios que favorezcan a estas personas y no ver sólo y en exclusiva las sombras de su actuar. Preciso es acercarse a quienes habitan el Tercero, el Cuarto Mundo...

Favorecer la misericordia. A Jesús se le saltaban las lágrimas cuando llevaban a enterrar a la hija única de una madre. Se compadecía por la multitud que no tenía con qué apaciguar el hambre. Se compadecía de los leprosos, los ciegos, los pecadores... Nosotros queremos tener un corazón sensible, de carne y no de piedra. Queremos sintonizar con los que sufren tragedias y dificultades. Su problema es el nuestro. No podemos pasar de largo, sino al contrario, estamos obligados a interesarnos por quien yace en la cuneta, como el buen samaritano.

Predicar los aspectos más cordiales del evangelio. En el Evangelio se pueden subrayar unas determinadas actitudes y unos precisos hechos. No pretendemos recortar en absoluto -¡no faltaría más!- su mensaje. Pero sí ponemos un particular acento en aquellos mensajes y contenidos que más directamente se relacionan con el corazón y la benevolencia. Dios es un Padre bueno al que podemos llamar *Abbá*. Las parábolas del perdón nos lo aseguran una y otra vez. Dios está en favor de los humildes, quiere que los cojos caminen y los ciegos vean. El evangelio, antes que nada, es buena noticia. Las buenas noticias hacen saltar de gozo. Y están lejos del temor y las amenazas. El amor descarta el temor, nos dice S. Juan.

La vida familiar. La espiritualidad de los SS. Corazones encuentra un caldo de cultivo muy apropiado en el ambiente de la familia. El núcleo familiar debe vivir a tope el amor y la entrega. E irradiar estos valores en el entorno: a otros familiares, amigos y vecinos. Vivir en comunión familiar es todo un signo. En un paso ulterior pretendemos que sea el entero pueblo de Dios quien viva realmente como una familia. Una misma sangre y un mismo proyecto son consecuencia de un amor previo y comprometen a una estrecha convivencia. Tratamos de favorecer esta tarea.

La Eucaristía, el Espíritu y María. Se trata de elementos fundamentales de la fe cristiana que subraya con decisión la espiritualidad de los Laicos Misioneros SS. CC. La Eucaristía es la donación permanente del amor del Traspasado a los suyos. El está siempre disponible. El Espíritu surgió de la lanzada que le abrió el costado a Jesucristo. Es el Espíritu que movió a Jesús y que se nos regala en la Pascua para que nos inspire y mueva también a nosotros. Nos otorga profundidad, unción y tolerancia. La Virgen es la mujer más cercana a su Hijo Jesús, la que supo decir *hágase*, aun sin entender del todo y la que guardó los misterios de Dios y de la historia en su corazón.

Siglas

AA	=	Decreto <i>Apostolicam actuositatem</i> .
ChL	=	Exhortación postsinodal <i>Christifideles laici</i> del 30 de diciembre de 1988.
EN	=	Exhortación apostólica <i>Evangelii Nuntiandi</i> del 8 de diciembre de 1975.
GS	=	Constitución pastoral <i>Gaudium et spes</i> .
LG	=	Constitución dogmática <i>Lumen gentium</i> .
SC	=	Constitución <i>Sacrosanctum Concilium</i> .

Algunos datos bibliográficos para profundizar el tema

CASTILLO José M., Para comprender los ministerios de la Iglesia.
Ed. Verbo Divino. Estella, Navarra 1993.

ESTRADA Juan A., *La identidad de los laicos. Ensayo de eclesiología*.
Ed. Paulinas. Madrid 1990 (2 ed.)

ESTRADA Juan A., *Para comprender cómo surgió la Iglesia*.
(Cap. 6: Una comunidad de laicos, pp. 255-299). Ed. Verbo Divino. Estella, Navarra 1999.

PARRA A., *Ministerios laicales* en "I. Ellacuría y J. Sobrino (edit.), *Mysterium Liberationis*".
Conceptos Fundamentales de Teología de la Liberación II, pp. 319-343. Madrid 1990

SESBOÜÉ Bernard, *¡No tengáis miedo! Los ministerios en la Iglesia hoy*.
Ed. Sal Terrae, Santander 1998.

Documentos y Acuerdos del XIV Capítulo Gral. de los MM. SS. CC. Lluç, Mallorca 1993

Documentos y Acuerdos del XVI Capítulo Gral. de los MM. SS. CC. Lluç, Mallorca 1999

Espiritualidad laical. Fundamentos y caminos: Sal Terrae 994 (octubre 1996).

Estatutos de los Laicos Misioneros SS. CC. Lluç, Mallorca 1996

La intervención de los laicos: Iglesia Viva 137 (septiembre-octubre 1988)

La redención en el corazón del mundo. Espiritualidad laical: Sal Terrae 973 (noviembre 1994).

Los laicos en la Iglesia y en el mundo: Sal Terrae 886 (mayo 1987)

ÍNDICE

Presentación	
A. VOCACIÓN LAICAL: SACERDOTE, PROFETA Y REY	
I.— La vocación laical	
II.— El Sacerdocio de los laicos	
III.— El Profetismo de los laicos	
IV.— Laicos orientados hacia el Reino	

B. EL PUESTO DEL LAICO EN LA IGLESIA	
I.— La comunidad antes que el ministro	
II.— Una Iglesia cordialmente servidora	

C. LOS MINISTERIOS LAICALES EN NUESTRA IGLESIA	
I.— Los ministerios ayer y hoy	
II.— Puntos candentes	
III.— Una espiritualidad para el ministerio laical	

D. LA ESPIRITUALIDAD LAICAL	
I.— Afirmación y negación del mundo	
II.— Religiosos y laicos. La espiritualidad del corazón ..	

Algunos datos bibliográficos para profundizar el tema	